

27. A. Fré Perer Mateo.

De Murcia a Marmolejo

Rápidas Impresiones de Viaje

— POR —

ISIDORO DE LA CIERVA

MAYO Y JUNIO DE 1925



MURCIA
IMPRENTA EL TIEMPO



DTU

3319

ht. 235010

cb. 1476532

a un buen amigo de José Peres Mata como
recuerdo de un agradable viaje.
Isidoro de la Cierva

De Murcia a Marmolejo

17 agosto 1925.

Rápidas Impresiones de Viaje

— POR —

ISIDORO DE LA CIERVA

MAYO Y JUNIO DE 1925



MURCIA
IMPRENTA EL TIEMPO

R.377.832





DE MURCIA A MARMOLEJO

:: I.-MURCIA Y GRANADA ::

Realizo este viaje con mi esposa y una hija y doy la vuelta por Granada, Cádiz y Sevilla para compensarles la aburrida tranquilidad de Marmolejo.

La ruta trazada es la que debieran seguir los numerosos visitantes del Sur de España.

Hicimos un gran esfuerzo para suprimir los cuatro o cinco trasbordos que tenía el viaje entre Murcia y Granada. Pero aun falta que las catorce largas horas gastadas entre ambas estaciones se reduzcan a la mitad y que los coches sean modernos y cómodos.

Propósito firme de las personas que administran y gobiernan en las dos ciudades debe ser conseguir esas mejoras.

Yo sueño con un gran tren práctico y de lujo a un tiempo, compuesto de coches corridos de cuatro ejes, restaurant, sleeping y si se quisiera mayor perfección con departamento de baños y estación radiotelefónica receptora y transmisora, que circulara al principio un par de días en la semana entre la frontera franco-catalana y Granada, pasando por Tarragona, Castellón, Valencia, Alicante y Murcia, facilitando billetes que permitieran detenerse en cualquiera de las poblaciones de tránsito, estableciendo magníficos Hoteles donde no los hay y que se anunciara profusamente en

España y el extranjero con carteles llamativos, como se hace de otros grandes trenes europeos.

El viajero que hiciera ese recorrido, sería el mejor propagandista de los espléndidos paisajes levantinos, de su riqueza artística, suave clima y afabilidad de los habitantes. El Levante Andalucía Exprés a los pocos meses de establecerse, llevaría a nuestras regiones animación y utilidad.

Mientras el sueño no se realiza, hay que resignarse, como lo hemos hecho nosotros, a tomar el tren corto de Cartagena que de Murcia sale a las diez menos cuarto, trasbordar en Alcantarilla al directo y llegar a Granada a las veinticuatro, en vagones pequeños, poco cómodos, y mal alumbrados.

Apesar de estos inconvenientes, se goza contemplando hermosos panoramas, salvo en algunos cortos trayectos como los que sirven de enlace a las feraces vegas de Lorca y el Almanzora, que están pidiendo a gritos agua si no ha de quitársele a otros, y árboles, para lo que solo se necesita tener voluntad.

Salimos de Murcia con calor y todas las ventanillas abiertas, pero en Híjate y lo mismo al salir de Baza para Guadix, en aquellas alturas de a kilómetro, el frío obliga a subir los cristales y a requerir los abrigo^s llevados por precaución.

Se almuerza en Lorca, un poco temprano, antes de las doce; cabe merendar en Baza, pero no pidais jamón apesar de tener fama los de esa tierra por que no lo encontrareis; y se toma la comida en Guadix a las veinte. Después hay que dormir y aburrirse por que nada se puede ver hasta el término del viaje.

Nos instalamos en el Hotel Alameda, gracias a tener pedidas habitaciones, pues frecuentemente está lleno, pero más ahora aproximándose las fiestas del Corpus. Siempre he salido muy satisfecho de este simpático Hotel, magníficamente situado, sin el lujo de otros, pero cómodo, limpio y con buena mesa. Nos dan dos espaciosa^s habitaciones y solo nos cobran sesenta pesetas diarias por pensión completa de los tres, descontándonos las comidas que hemos hecho fuera. Esto explica que siempre esté ocupado.

Encuentro la población poco variada desde la última vez que la visité. Es verdad que años atrás, cuando con los grandes beneficios obtenidos con el azúcar, se abrieron las grandes vías, embellecieron los paseos y levantaron suntuosos edificios. Quienes hoy la dirigen hacen una buena administración, pagan todas las atenciones municipales, salen de trampas y restablecen el crédito. Con tan ordenada marcha preparan grandes avances, pero la gente, como en nuestra tierra y en todas partes, se impacienta

viendo que los pavimentos no se reponen, ni los hoyos de los caminos se tapan ni las aguas se purifican.

Su rigorismo económico no llega a suprimir los tradicionales festejos que tanta fama dan a esta hermosa población y dentro de poco cantarán Fleta y la Llacer, tocará la orquesta Sinfónica, habrá magníficas corridas de toros y lucirán espléndidas iluminaciones como en ninguna parte se ven.

Aquí recordamos con frecuencia a Murcia por que nos acompañan los cultísimos y virtuosos Rector y canónigo del Sacro-Monte don Jesús Mérida y don Julio Ruiz Molina, mi condiscipulo el abogado fiscal de la Audiencia don Julián Plaza y el Director de la carcel don Diego Robles. A otros distinguidos paisanos he saludado, en la calle pero a esos cuatro los veo con frecuencia y algunas comidas las hacemos juntos.

Excuso decir que con tales acompañantes nuestra visita a la monumental Ciudad se hace facilísima y a completa satisfacción. Alhambra, Generalife, Catedral, Cartujas, Sacro-Monte, San Gerónimo, San Juan de Dios, Las Angustias, Los Filipenses, nada nos queda por ver y admirar.

Encuentro en alguno de estos edificios novedades de organización y no pocas acertadas restauraciones. En la maravillosa antigua Cartuja se adquieren papeletas para visitarla y antes solo se recomendaba una limosna. El Generalife también se visita con papeleta de pago. En un anejo a la capilla de los Reyes Católicos han hecho un rico museo con algunos objetos de los grandes monarcas que se encontraban en la Sacristia. En la Alhambra realizan bastantes obras. La Catedral luce un soberbio tabernáculo de plata regalo del Duque de San Pedro.

En la nueva Cartuja que tienen a su cargo los Jesuitas, saludamos al Padre Diaz que hace años fué Superior de la residencia de Murcia. El observatorio y estación para estudiar los terremotos son notabilísimos.

En los Filipenses recordamos al Cardenal Belluga, pues tan grandioso templo se debe a la Congregación del Oratorio por él fundada. Próximo se encuentra el Colegio de San Bartolomé y Santiago donde estudió Filosofía y Teología.

De Belluga me hablaron tambien motrileños distinguidos que me presentaron y hasta ellos habia llegado la noticia de mi conferencia en la Sociedad Económica. Tuve que darles algunas noticias que ignoraban por tener fresco todo lo referente a la vida del Eminente Cardenal y anuncié que en este mismo año podrian adquirir la notable biografía Báguena-Sobejano.

En la Parroquia de las Agustinas elogiamos a su Párroco ejemplar don

José Fernandez Arcoya que en ocho años ha restaurado por completo el riquísimo camarín de la Virgen destruido por un incendio, obteniendo de los granadinos, nada menos que cincuenta y tres mil duros que para ello ha necesitado. Este hecho nos hizo pensar en nuestra devoción por la Fuensanta por oque todavía no nos ha permitido coronarla.

Después de despedirnos de los Canónigos que tenían que volverse al Sacro-Monte, nos quedamos en el Hotel para cenar, saliendo luego y entrando en el Teatro Cervantes, donde vimos en Los Pilletes a nuestro Narcisin que aquí lleva una buena temporada.

Le llamo nuestro por que él se encargó de decirnos en su beneficio que su abuelo había nacido en Murcia y su padre en Cartagena por lo que debía considerarse murciano.

Tenemos que descansar para levantarnos mañana temprano y emprender la interesantísima excursión a Sierra Nevada.

Granada 26 Mayo 1925



:: :: II.--SIERRA NEVADA :: ::

El Duque de San Pedro de Galatino no se ha contentado con gastar un millón de duros en construir el Alhambra Palace, acaso el mejor Hotel del España, y un millón de reales en el lujoso tabernáculo de la Catedral, sino que formando una Sociedad de la que ha tenido que adquirir casi todas las acciones, ha construido el atrevidísimo tranvia de la Sierra en la que penetra veinte kilómetros y una Sucursal de aquel soberbio Hotel emplazada a mil quinientos metros de altura.

Bien justificado está que los granadinos le demuestren su gratitud grabada en un bello monumento erigido al final de la Bomba.

En nuestro plan de viaje figuraba la subida en ese tranvia para almorzar en el Hotel de la Sierra; pero estuvimos a punto de suprimirla por que todos la consideraban peligrosa. Que la linea no ofrecía seguridades, que los Ingenieros se negaban a recibirla, que se estropeaba con frecuencia: en suma el tranvia era la obra de un loco y no daban grandes pruebas de cordura los que lo utilizaban.

Deseosos de satisfacer nuestro gusto, preguntamos si prestaba servicio diario y qué personas se habian lesionado, contestándonos que a las diez de la mañana salia un coche que recorria toda la linea, regresando a última hora de la tarde, y ese coche arrastraba vagones con mercancías admitiendo viajeros por favor especial, pues los últimos trayectos no estaban aun abiertos al servicio público y que no habia ocurrido desgracia alguna. Teníamos lo bastante para decidirnos y nuestros paisanos Mérida y Ruiz Molina, invitados para que nos acompañaran, tampoco vacilaron.

Mucho antes de las diez llegábamos a la estación del tranvia, situada mas allá del paseo de la Bomba, llevando todos al brazo gruesos abrigos para preservarnos del frio que suponíamos se sentiria. Un simpático em-

pleado de la Empresa nos hizo pasar a la salita de espera y a ella fueron llegando otras familias, también provistas de abrigo, sin duda tan resueltas como nosotros.

Al organizarse el convoy, prepararon las vagonetas de carga que justificaban el viaje y al coche tractor hubo que agregar un remolque por presentarse mas gente de la que aquél podia llevar. Los temerarios aumentaban.

Los carruajes son sólidos y cómodos, contruidos en Valencia por la casa Lladró. Son los únicos de las lineas de Granada que no han salido de los talleres de Escoriaza.

Tomamos un departamento de preferencia por ir junto al conductor y por tanto llevando a la vista todo el terreno. Cuesta el asiento 4'80 pesetas por persona y el corriente 2'50.

El tranvia inició la marcha a lo largo del rio Genil entre huertas bien cultivadas, ocupando el paseo del primer trozo de la carretera que va a la Sierra, pero pronto lo abandonó porque el Estado no trabaja con la celeridad del Duque.

Paralela a la linea descende la llamada acequia gorda o sea la arteria madre de los riegos del Genil. También la sigue en casi toda su extensión una magnífica linea eléctrica sobre postes de hierro con tensión de 55 mil voltios que proporciona fuerza y luz a Granada y treinta y tres pueblos. Algunas Centrales instaladas en bellos edificios se admiran desde el tranvia asi como grandes bosques de chopos que defienden las margenes del rio, los tubos de grueso tamaño que bajan el agua desde la sierra a las turbinas, las ruidosas cascadas que llaman chorreras formadas por el agua sobrante, los cana'les, pantanos y en suma las obras principales de la Sociedad General de Electricidad de Granada, que el conductor llama siempre la *general* y asi se lo conoce por aquellos parajes.

El Duque al trazar su atrevido tranvia quiso que el viajero se enterase de las grandes obras de esa Empresa.

Uno y otra han dedicado a la hermosa Sierra su corazón y grandes caudales y bien merece se contemplen juntos. Carriles y cables permitirán que la montaña entregue uno y otro día, sus inagotables tesoros que durante siglos se han despreciado y serán, mientras el progreso no descubra algo mejor, monumentos que canten las grandezas humanas.

Nuestro Mérida iba explicándonos todo lo referente a la *general* pues por ser Rector del Sacro Monte tiene el cargo de Vicepresidente de su Consejo de Administración. El capital de la Religiosa casa está en parte empleado en la gran empresa.

El convoy marchaba despacio: no querían asustarnos. once o doce túneles contamos, que cuando aparecía la boca de salida iluminaba los rieles y cables brillando como la plata en medio de la negrura del subterráneo. En uno de ellos hay un gran anchurón natural con abertura sobre el cauce del Genil, pero quedando este muy profundo: es la llamada Cueva del Diablo. Nuestro buen amigo el conductor cumplió su misión de propaganda deteniendo el tranvía e invitándonos a descender para contemplar el temeroso hueco.

En muchos trayectos la línea va sobre fuertes y extensos muros de mampostería o salva barrancos y arroyos por medio de puentes de cemento armado; unos y otros solo tienen el ancho de la vía y parece que los coches quedan suspendidos en el espacio. Piensan los tímidos en un descarrilamiento y critican no tengan barbacanas. ¿De qué servirían si han servido en ningún puente en casos semejantes?

La cuenca del Genil se va recorriendo y admirando sus bosques de castaños y nogales y sus suelos de intensa verdura. Al fondo la nieve de los picachos con su inmaculada limpieza que con el crepúsculo se amorata y oscurece.

Pinos-xenil. Canales y Guéjar-Sierra son las principales estaciones que no están al mismo nivel de la línea, sino más bajas o más altas según el terreno lo permite, pues ya es bastante explanar por aquellos vericuetos para que pase la línea.

En Guéjar termina lo construido; pero todavía seguirá el tranvía otros dos kilómetros hasta donde hay levantada una bella estación.

Algunos viajeros van a Guéjar y ascienden por pintoresco zig-zags. Hasta ese pueblo llega también un antiguo camino que utilizan los coches y automóviles y enlaza con el que el Duque ha construido para subir al Hotel. Desde Granada llevan los automóviles cien pesetas por hacer ese recorrido y yendo cinco personas casi cuesta lo mismo que en el tranvía y coche y se va y vuelve cuando se quiere, pero juzgo que no puede ofrecer el viaje tantas seguridades como el que nosotros realizamos.

El conductor del tranvía se despidió de nosotros cariñosamente y satisfecho por demostrarnos que se hacía el viaje sin percance alguno.

Cruzamos a pie el río Maitena afluente de buen caudal del Genil, por un puente rústico. Al otro lado nos esperaban una góndola y un omnibus. Este último llevaba cuatro mulas serranas y en él nos instalamos con otros viajeros. El cochero tomó la tralla y emprendimos la excursión con buena marcha.

Figúrate un camino de los que suben a nuestra Sierra de Espuña pe-

ro del ancho justo del coche, con pendientes más pronunciadas y curvas rapidísimas y por el que corre un tiro de cuatro mulas como si fuese la llana carretera de Alcantarilla. Nuestro intrépido auriga vence todas las dificultades por su gran conocimiento del terreno y la seguridad en el ganado. Corremos muchas veces, saltamos otras y nos balanceamos al tomar las curvas. No hay que pensar en roturas de ejes, salida de ruedas, tropiezo o atasco de mulas y otras pequeñeces. Si lo pensamos no hacemos el viaje ni hubiéramos gozado de tan espléndido panorama.

Llegamos felizmente y observamos que no hacían falta los abrigo. Igual sorpresa he llevado muchas veces en España en pleno invierno.

El coche paró en la puerta de un bello Hotel de elegantes líneas y construcción rústica, con muros de lajas de piedra oscura rejuntadas de cemento, torreones, terrazas y galerías y a su frente unos bien cuidados jardines cuajados de rosas, adornados con fuentes y estatuas, descollando entre estas la de Cervantes, D. Alfonso XIII y el Duque. En su planta baja tiene galería cubierta en la que hay mesitas y butacas de junco para tomar el desayuno y el café, viéndose las nieves perpetuas de los picachos, aun cuando todavía distan cinco horas de camino.

Dentro del Hotel hay cómodos salones de escritorio, lectura y conversación, adornadas sus paredes con buenos grabados, pero demasiado frescos sin duda para estar a tono con la altura. Los comedores amplios y muy bien puestos. Las alcobas en su mayoría tienen cuarto de baño y sus muebles son modernos y de buen gusto. Todo el Hotel tiene agua caliente y fría y calefacción; las cocinas, cafeteras y calderas son eléctricas pues esa fuerza abunda en la Sierra.

Pusimos postales a los amigos y comimos tan bien como en el mejor Hotel de Madrid, sin que los precios fuesen exagerados. Las habitaciones cuestan con pensión completa para una persona y por día 35 y 30 pesetas según tengan o no baño; y para dos personas 45 y 40. De modo que un matrimonio joven puede pasar algunos días de la luna de miel en sitio encantador con todo género de comodidades sin gastar con exceso.

La bajada hasta el tranvía quisimos hacerla a pie, pero insistió tanto el cochero en que respondía con su cabeza de nuestras vidas, y creo no se equivocaba, pues si el coche se despeñaba ni él ni nosotros lo hubiésemos contado, que no pudimos desairarlo y en el coche montamos. Cumplió su palabra y aún cuando llevando muchos sustos, en Guejar nos dejó sin detrimento alguno.

Cinco pesetas llevan por asiento tanto al subir como al bajar y bien lo merece.

Nos reintegramos a Granada, tan verde florida, y aromática, muy contentos de la expedición y admirando al hombre que tantos millones ha gastado en esta mejora que constituye una nueva atracción de forasteros.

En Granada se asombraban muchos que nos hubiesemos arriesgado a realizar el viaje; pero yo he prometido que cuantas veces vuelva con tiempo bastante he de subir a la Sierra y almorzar en el Hotel.

Granada 27 Mayo 1925.



:: III.--CULTURA Y CULTIVOS GRANADINOS ::

Granada no es solo monumental y bella, es también gran centro de cultura y tiene una de las más ricas vegas de la Península.

Su Universidad, Sacro-Monte, Colegio de San Bartolomé y Santiago, Instituto, Normales y Escuelas de Artes y Oficios, Encajes y Ave Maria, la colocan en lugar preferente entre las Ciudades españolas.

Intenté ver al ilustre Doctor don Fermin Garrido, Rector de la Universidad, con cuya amistad me honro, pero no lo conseguí. Es persona con sagrada a los que sufren, que goza de inmensa popularidad y no tiene momento libre.

Pero hablé con otros granadinos, que por la Universidad se interesan, enterándome no miran con tanto recelo como antes a la nuestra. Desaparecieron los temores de creación en Murcia de la Facultad de Farmacia y de que en la misma se amplien las de Ciencias y Filosofía y Letras. Les hemos quitado bastantes alumnos y creyeron que aun les quitaríamos más. Ya no le llaman la Universidad de Cierva.

El Sacro-Monte ha tenido durante algunos años las prerrogativas de Universidad. Y como el Cabildo es rico, amplió considerablemente sus edificios donde podían albergarse varios cientos de alumnos. Las tendencias antireligiosas después imperantes le quitaron sus privilegios y hoy están desiertos la mayoría de sus espaciosos y sanos claustros. Mérida me enseñó sus habitaciones rectorales que son espléndidas y su morada de canónigo. ocupa aquella y tiene esta abandonada, pero en la particular, la íntima, tiene como buen murciano preciosas fotografías de Nuestra Virgen de la Fuensanta y de la Dolorosa y el Angel de Salzillo, que me agradó mucho verlas.

Las enseñanzas de las Escuelas de Artes y Oficios y Encajes, han fo-

mentado mucho la fabricación de muebles y adornos típicos granadinos en estilo renacimiento español y árabe llamando poderosamente la atención de las señoras las blondas que aquí se confeccionan por ser de gusto insuperable. En varios sitios de Granada pueden adquirirse estos preciosos objetos pero sobre todo descuellan los establecimientos de la Cuesta de Gomerez. En uno de ellos entramos aprovechando el tiempo que nos quedaba libre y no hubo más remedio que adquirir algunas cosillas. También tenían mantones de Manila antiguos y modernos de todos precios, que si se entra con ánimo de verlos es difícil salir sin comprar alguno pues el genio mercantil encarnado en las andaluzas hace a estas unas vende otras irrechazables.

Lo más digno de ver en materia de enseñanza son las Escuelas del Ave María, la gran obra fundada por D. Andrés Manjón, Canónigo del Sacro Monte, que continúan sus sucesores. Siento no disponer de espacio para hablar a mi completa satisfacción de estas Escuelas.

Constituyen las de Granada, cuatro colonias permanentes donde reciben enseñanza más de mil quinientos niños y niñas y el Seminario de Maestros con más de ciento cincuenta alumnos.

La principal colonia es la instalada en el Valle del Paraíso, Camino del Sacro-Monte, ocupando cerca de un kilómetro a lo largo del Darro, con anchura que oscila entre 100 y 300 metros. Es la escuela matriz donde trabajaba y residía Manjón y en la que descansan sus restos. Fué visitada por nosotros.

Niñas modestísimas del Albaicín, con la viveza y gracia andaluzas, explicaron cuando se les preguntó sobre los mapas mudos contruidos en el suelo. Conocían con exactitud la situación de todas las capitales de provincias y en el lugar que ocupan colocaban nueces, después repartidas como premios. También demostraron saber las que tenían Arzobispados, Universidades, etc., señalándolas con cruces, colores de facultades y otros emblemas. Así mismo con muñequitos designaban los territorios que en el mundo ocupan las distintas razas.

Cantaron después aires regionales con mucha propiedad y buena entonación. Entre ellos los había murcianos, pues aun cuando algunos de nuestros paisanos no crean en ella, nuestra Región existe y en todas partes la reconocen.

Continuaron los ejercicios gramaticales y aritméticos también sin libros ni cansancio de memoria.

Y allí hubiésemos permanecido varias horas al disponer de tiempo.

Después de almorzar con los Canónigos paisanos nuestros que nos ob-

seguiraron espléndidamente en la planta baja del Saero-Monte, donde se encuentra su sala de visitas, pues en el resto del edificio no pueden penetrar las señoras, bajamos a Granada para tomar en el embovedado del Darro el tranvía que nos había de llevar a La Zubia.

El recorrido es encantador, como ocurre con los demás alrededores de la Ciudad. Por todas partes la vega siempre verde y muy bien cultivada. En la estación de partida vendían grandes manojos de hermosos claveles traídos de Motril a precios inverosímiles, diez céntimos la docena de los corrientes y a real los de mayor tamaño.

Nos mostraron a lo lejos, colocada en una altura de la Sierra lo que llaman el Sanatorio de don Fermin Garrido, que es una casa amplia que el sabio médico cede a las familias amigas que tienen algún convaleciente. Lo que no se ha construido es el Sanatorio antituberculoso proyectado en Sierra Nevada: mandaron de Madrid una buena cantidad para empezarlo, creo que doscientas mil pesetas y la devolvieron sin emplearla. Nosotros no habríamos sido descorteses con la Superioridad como no lo somos con las cantidades que nos mandan.

Llegamos a la Zubia en tres cuartos de hora. Se trata de un pueblecito pintoresco, que se encuentra en el límite Mediodía de la vega. Allí tiene su residencia veraniega el Arzobispo con palacio y parque magníficos y desde el que se contempla el sorprendente panorama de Granada. Nuestra imaginación volaba a Santa Catalina del Monte.

En un extremo del parque y adosado al templete que para perpetuar el hecho se ha construido, aparece el célebre laurel de la Reina Isabel la Católica, que la tradición como la poesía refieren, la salvó en una de sus cabalgadas durante el sitio de Granada, de caer en poder de los moros.

También visitamos el gran parral de don Antonio Marin de la Bárcena donde sus simpáticos caseros nos obsequiaron con ricos y enormes fresones y flores de extraordinaria fragancia. La finca demuestra los conocimientos agrícolas y buen gusto de su dueño.

A las cinco tomamos el tranvía de vuelta y en el embovedado descendimos para coger el que nos subiera a la Alhambra.

¡Qué hermosos estaban los jardines del incomparable palacio! Buscando un descubieato para admirar la postura del sol, nos metimos en un carmen que en escalones situa al Mediodía de la fortaleza árabe.

Creímos eran jardines del Estado y corrimos por ellos con entera libertad. Cuando escogíamos el mejor observatorio tropezamos con un señor atentísimo de aspecto extranjero pero hablando perfectamente el español, que nos invitó a seguir, excusándonos ante él por enterarnos era el dueño

de aquella preciosa finca: lejos de molestarse fué él quien se excusó por usar traje de confianza, pijama y alpargatas. Gracias a tanta amabilidad vimos como Sierra Nevada cambia de color con el crepúsculo y la blancura de la nieve se convierte en mancha azulada, para pasar al color morado y concluir obscureciéndose por completo. Es uno de los espectáculos más grandiosos que cabe presenciar. El belga, pues era de esta nacionalidad el dueño del carmen, nos dijo que en ninguna parte del mundo había visto cosa semejante.

Tuvimos que entrar en la monísima casa de aquel señor, adornada con preciosas antigüedades, presentándonos a su esposa que era una antigua conocida mía, María Gillman, nacida y criada en Aguilas.

Después de conversar con aquella simpática pareja y agradecerle sus atenciones marchamos a la Alhambra Palace donde celebramos la cena de despedida brindando sin aparato oratorio por la prosperidad de Murcia y el legítimo ascenso de alguno de los presentes, que bien lo merece. Además de Mérida y Ruiz Molina se sentaron con nosotros a la mesa la bella hija mayor de Julián Plaza y don Diego Robles.

Antes de descender de aquellas alturas de ensueño, nos asomamos a la terraza del suntuoso hotel viendo a Granada iluminada que es otro efecto maravilloso y pedimos nos abrieran el casino, lujosísimo, pero que sin recreos no puede estar abierto.

Como había salido el último tranvia bajamos a pie por entre aquellos frondosos bosques tomando la cuesta de Gomerres y volviendo a la región de la intensa luz por las calles de los Reyes Católicos, Puerta Real y el embovedado despidiéndonos de una parte de nuestros acompañantes pues la salida al día siguiente era muy temprana y no podíamos consentir bajasen del Sacro Monte los Canónigos.

Granada 28 de Mayo de 1925.



IV.--DE GRANADA A ALGECIRAS

Si arrancando de Murcia se desea hacer un viaje completo por Andalucía, antes de llegar a Granada hay que visitar Almería, recomendando, como más práctico tomar en Huércal-Overa el automóvil que se dirige a dicha población e indica por donde debe ir la línea férrea que enlace más rápidamente a las dos poblaciones hermanas que tantos puntos tienen de contacto. Y persistiendo en el propósito de ver todas las capitales andaluzas, como lo merecen, pues ni una siquiera deja de reunir grandes atractivos, de Granada debe salirse para Málaga.

Nosotros, no disponiendo de tiempo para visitar esas dos Ciudades, decidimos marchar directamente a Granada y de aquí para Algeciras.

Con gran pena dejamos Granada que tanto nos atraía y en donde hemos pasado tres días agradabilísimos. A la estación de los Andaluces bajaron a despedirnos algunos de nuestros paisanos y mi antiguo amigo don Antonio Moscoso, quienes obsequiaron a las señoras con ricos dulces y hermosos claveles.

El tren que tomamos fué el correo que tiene su salida a las siete y cuarenta y cinco. El paisaje que se contempla en este viaje es encantador y por eso preferimos a hacerlo de día. Primero se recorre una buena parte de la vega granadina, que si no tiene el atractivo de nuestros naranjos y palmeras, contrasta el intenso verde de sus cultivos con la nieve de la Sierra y el fuerte azul del cielo formando todo ello un cuadro de sorprendente belleza. Después aparecen montañas cubiertas de olivos y encinas y cuando se ha perdido de vista la mole de Sierra Nevada llegamos a Loja, que desde la vía presenta el aspecto de una hermosa población con magníficos edificios, graciosamente recostada en la falda de otra gran altura. El andén de la estación lo invaden numerosos vendedores de roscos, leche y

cerezas. Estas últimas son de gran tamaño y excelente gusto y las entregan colocadas en lindos cestitos de esparto.

Parados en Loja nos acordamos de nuestro íntimo amigo Gerónimo Ruiz Hidalgo, allí nacido pero que ha dado a Murcia el fruto de su talento, actividad e iniciativas. A este hombre no podemos llamarle forastero y bien sabe Dios que lo mismo deseamos decir de todos los que sin nacer en Murcia, ocupan los puestos generalmente reservados a sus naturales.

Al abandonar Loja el tren lleva dos máquinas y sube fatigosamente un largo puerto. El paisaje continúa siendo bello.

Llegamos a Bobadilla a las once y media entrando en la fonda de la Estación totalmente llena de viajeros. No solo se reúnen los que como nosotros venimos de Granada y vamos a Algeciras, sino los que vienen de Málaga y Córdoba y van a estas poblaciones y Granada combinando estas últimas con Sevilla, Jaén y Almería. Bien puede considerarse Bobadilla el principal centro de comunicaciones de Andalucía.

Almorzamos regularmente, saliendo nuestro tren el último de todos, cuando eran las doce y media. El campo tiene al principio poco que ver, más pasadas algunas estaciones vuelve a mejorar apareciendo los bosques de encinas y olivos para exhibirse con toda su esplendidez desde las proximidades de Ronda. Aquí desciende y sube siempre buen número de viajeros, pues en todas las guías acreditadas se recomienda su visita. Nosotros también habríamos bajado. Aparte el gran renombre de la población tenía para nosotros el atractivo de ser la patria de Juan Antonio Pérez Urruti, el cultísimo Ingeniero de Montes, enlazado con ilustre familia murciana.

Pero tuvimos que contentarnos con mirar desde la ventanilla sus preciosos campos que suben desde el valle hasta las cumbres de las montañas cubiertos de espléndida vegetación matizada con todos los colores que adornan las plantas desde el amarillo oro de los trigos hasta el verde obscuro de las encinas, salpicados de bellísimas y encantadoras casitas blancas.

Desde Ronda hasta Algeciras el paisaje continua atrayendo y no cabe dormirse por cansado que se vaya, ni distraerse con lecturas por interesantes que sean.

Durante mucho tiempo sigue la vegetación sin dejar un palmo de tierra descubierto. Un riachuelo se abre camino paralelo a la línea férrea y a pesar de correr por entre rocas estas no se ven descarnadas. Las montañas elevan sus picos en muchos sitios casi perpendiculares a los valles y en todos sus resquicios aparecen árboles y plantas.

A medida que nos aproximamos a la costa, el bosque se hace más espeso, presentándose a nuestra vista grandes alcornoques con sus cuerpos y ramas gruesas descortezadas. La impresión que producen estos árboles es la de que tienen sus troncos pintados.

En las estaciones se ven pilas de hojas de corcho preparadas para el transporte.

Después de uno de los avances de la locomotora surge en el horizonte el Estrecho y el Peñón de Gibraltar eleva su mole pareciendo una isla. Poco después vemos el trozo de tierra que lo une con la Península y avanzando algo más se presenta la gran bahía de Algeciras y esta simpática población. El tren pasa junto a las últimas casas del pueblo, cruza el río y nos deja en el mismo puerto para facilitar el embarque a los que se dirigen a Gibraltar y ciudades de Marruecos,

Eran cerca de las siete de la tarde cuando nos apeábamos y desde el andén de la estación pudimos ver la atrayente y misteriosa costa africana, destacándose al nivel de las aguas las casas de Ceuta y un poco más elevado el castillo del Hacho que la protege. Ya dentro de la bahía observamos con gusto que con alguna actividad se trabajaba en la construcción de una escollera paralela al sitio que ocupábamos y por tanto al trozo de costa en que se encuentra Algeciras. Falta grande hacen estas obras pues los temporales entran libremente y como ha ocurrido con frecuencia destruyen el modesto muelle de piedra, donde se realizan todas las operaciones de carga y descarga.

Algeciras es el puerto más próximo de la costa africana. De Ceuta solo dista quince millas. Por él se ha hecho todavía poco. Puertos, caminos, ferrocarriles pantanos y escuelas es lo que más necesitamos para engrandecernos y lograr se nos considere y respete.

Después de admirar el grandioso panorama nos dirigimos al despacho de los consignatarios de la Compañía Transmediterránea, los amabilísimos señores Gil Pinéda para los que llevábamos cartas de presentación de nuestro buen amigo de Cartagena Vicente Serrat. Este les tenía anunciado el viaje y debió interesarse mucho por nosotros, pues nos dieron todo género de facilidades para realizar el plan que nos habíamos trazado. Uno de los obstáculos que se presentan para trasladarse a Tanger como nosotros queríamos, es el de exigirse el pasaporte que ha de expedir la autoridad militar de Algeciras, requisito ordenado desde Madrid hacia pocos días y que ignorábamos.

Preparado nuestro embarque para el día siguiente, nos dirigimos al Hotel Reina Cristina donde tomamos dos habitaciones comunicadas del

piso primero. Su situación no tiene igual en España: junto a la playa de la que solo está separado por la carretera que a él conduce y en medio de soberbio Parque en el que puede pasearse en coche como en el nuestro. El edificio es de gusto inglés, serio, práctico y bello.

Después de asearnos y vestirse las señoras con lo mejorcito que encerraba nuestro equipaje, bajamos al comedor pasando por los espaciosos pasillos, patios y salones de conversación, escritura y esparcimiento. No había muchos huéspedes, unos veinticinco, pero salvo nosotros y un matrimonio joven, todos eran extranjeros, vistiendo de rigurosa etiqueta, los caballeros de *smoking* y las señoras traje de *soiree*, llevando algunas inglesas los más caprichosos adornos pues una de ellas ceñía su cabeza con gruesa corona de flores doradas que le hacían parecer un Emperador Romano y otras se abrigan con típicos pañuelos de Manila.

La mesa muy bien servida. La estancia se hace gratisima en este Hotel. Pero los precios no tienen nada de módicos. Apesar de ser nuestras habitaciones pequeñas, sin gabinete ni cuarto de baño, y tratarse de tres personas, circunstancia que siempre influye en su disminución, nos cobraron a cada uno a razón de treinta y cinco pesetas por día.

Eso si, puede hacerse el sacrificio económico que éste gasto representa no solo por lo bueno del Hotel y de su Parque, sino por contemplar a la señorita encargada de la Dirección: una preciosa joven de pelo negro y habla andaluza que domina varios idiomas extranjeros y con gracia y dulzura infinitas os entrega la cuenta, cobra y devuelve lo que sobra.

Salimos después de comer a pasear por el pueblo, de anchas calles y algunos buenos edificios. Se respira prosperidad.

Al regreso al Hotel contemplamos las luces de Gibraltar reflejándose en la bahía. Nos proponemos visitar al día siguiente la fortaleza Británica marchándonos a la cama con los cuerpos algo cansados del viaje pero el espíritu satisfecho por haber contemplado tanta belleza.

Algeciras 20 Mayo 1925.



:: V.--GIBRALTAR ::

Nos levantamos algo temprano para escribir a la familia, desayunarnos y tomar a las nueve de la mañana el vapor, que realiza cinco viajes diarios entre Algeciras y Gibraltar.

El barco es de ruedas, bastante grande como exige la amplia bahía de Algeciras en la que entran los temporales y el mar se agita mucho.

Subieron a bordo con nosotros, varios ingleses e inglesas, intérpretes moros de los Hoteles de Tánger y algunos compatriotas. Entre estos tuve la satisfacción de encontrar a nuestro consul en la plaza británica don Luciano Lopez Ferrer, nacido en la provincia de Alicante, compañero mío de Parlamento que fué en alguna ocasión y Secretario de la Alta Comisaría de España en Marruecos cuando en Enero de 1922 visité Tetuán. Mi amigo, como otros españoles y aun ingleses con destino u ocupaciones en Gibraltar, vive en Algeciras, donde las casas son más cómodas y no se siente tanto calor.

La travesía entre las dos poblaciones de distinta nacionalidad, dura media hora, empleadas por el Consul y yo en charlar de cuanto creímos de interés, que no era poco, coincidiendo nuestros juicios sobre hechos y personas y recordando con sumo gusto el viaje a que antes me he referido realizado cuando nuestra zona occidental estaba casi toda sometida pudiendo dormir Vicente Llovera y yo en Xauen en la Residencia del General Berenguer con la misma seguridad que anoche lo hiciera en el Hotel Reina Cristina.

Al acercarnos al Peñón íbamos viendo los barcos ingleses anclados a lo largo de nuestra costa y las edificaciones en ella levantadas, expansiones marítimas y terrestres que son muy antiguas y demuestran la cordialidad de relaciones existente entre España e Inglaterra.

Gibraltar tiene sus casas por el lado que mira a España las que arrancan desde los muelles y suben formando unos cuantos escalones. Desde los últimos edificios hasta la cumbre, salvo algún pequeño trozo de acantilado, el Peñón está cubierto de bosque muy grato a la vista. Entre el follaje de los árboles viven familias de monos, resto de los que habitaron la Península y hermanos de los que existen en Marruecos, que los ingleses cuidan de alimentar y no consienten que nadie les moleste.

Al extremo opuesto o sea en la parte del Peñón que mira al continente africano, tan solo existe un paseo que es el término de la calle principal de la población, presentándose la roca de color amarillento y como cortada a pico. Allí parece se encuentran las más importantes fortificaciones de la plaza, pues del mar es de donde puede esperarse algún riesgo, nunca de nosotros que ni hemos artillado ni se nos consentiría artillar las montañas que poseemos frente al Peñón.

El barco atracó a uno de los magníficos muelles de la fortaleza británica, saliendo por nuestro pie y dirigiéndonos por una acera de esmeradísima conservación llegamos hasta una antigua puerta de la muralla donde estacionaba un fornido *polisman* con casco blanco y adornos de plata, que al vernos acompañados del representante de España, nos saludó con gran respeto, entregándonos sin hacer pregunta alguna ni exigirnos documentos, e' permiso impreso de su jefe Mr. Jhon Cochrane para permanecer en la plaza hasta el anochecer, que por su forma se asemejaba en un todo a los billetes del ferrocarril, yendo como estos numerado.

Cuando en otro viaje visité Gibraltar sólo me preguntó el policía si era español y hasta cuando me proponía estar allí. De modo que nunca son grandes los requisitos que se exigen para entrar en la plaza.

Gibraltar, como población puede decirse está formada por una sola calle que va de Norte a Sur, desde las inmediaciones a la puerta a que antes me he referido hasta Punta de Europa, situada al extremo opuesto. De ella salen otras calles, pero en su mayoría cortas que bajan hacia el mar o suben a la montaña.

En esa larga y bien pavimentada calle están los principales comercios la iglesia, y la residencia del general gobernador. Frente a la última hay un cuerpo de guardia y dos cañones con placa de bronce explicativa de haberse cogido por el ejército inglés a los alemanes.

Por la mencionada calle, donde pasemos la hora y media dedicada a Gibraltar, circulaban bastantes coches de caballos, autos y bicicletas y las criadas inglesas dedicadas a la compra con bonitas cestas de palma en las manos y estrafalarios sombreros de paja en la cabeza.

En los sitios más espaciosos había paradas de coches, pues aun cuando la población es pequeña se hacen muchas excursiones a nuestros bellos campos y simpáticas poblaciones de las cercanías.

Las tiendaz están muy bien surtidas especialmente las de comestibles, tabaquerías y las llamadas de indios. Todo es allí más barato que en la península porque el comerciante no tiene trabas y encuentra grandes facilidades para adquirir los artículos que les llevan los grandes buques procedentes de los principales puertos del mundo que en Gibraltar hacen escala o se detienen para proveerse de combustible.

No es posible que tan buenos comercios se hayan establecido para servir a una colonia de reducido vecindario.

Las miras están puestas en España y así lo temen nuestros gobiernos cuando tienen en Algeciras un general que ejerce funciones de gobernador militar y civil, un verdadero ejército de carabineros y un comisario dedicado exclusivamente a perseguir el contrabando.

En esas tiendas hablan español, como los policías, cocheros, marineros y mayoría de los habitantes de Gibraltar, los géneros se venden en pesetas y nuestros billetes y monedas circulan con igual facilidad que en Algeciras. Sin los sombreros de las criadas, los estirados policías y soldados que pululan por las calles, la bandera y los trofeos guerreros del palacio del general gobernador; nadie diría estábamos en una plaza británica.

Esta impresión hace creer en que para asegurar Inglaterra la ruta de la India y su predominio en el Mediterraneo no necesita sostener su soberanía sobre un pedazo del solar hispano, aun ejercida con tantas consideraciones como dejo dicho.

Siendo tan buenos amigos suyos como en tantas ocasiones hemos demostrado y entrando sus escuadras en nuestros puertos como si lo hicieran en los de su nación, cabría llegar a un acuerdo que nos fuese grato. permitiéndoles utilizar los muelles, diques y cuarteles de Gibraltar en todo tiempo y hasta ocupar la plaza militarmente al verse amenazada, pero instalándose en el palacio del gobernador nuestro general de Algeciras e izar a su puerta nuestra bandera.

Antes de la guerra europea parecería esto un sueño irrealizable. Hoy la situación de los pueblos ha cambiado y quienes han concedido la autonomía a Irlanda y la independencia a Egipto no es locura creer llegue un día en que nos devuelvan Gibraltar.

Si esto ocurriera, sería un golpe terrible para Algeciras que ha prosperado principalmente por ser inglesa dicha plaza.

Compramos como todo el que va a Gibraltar algunos géneros que en-

cantaron a las señoras. Los precios eran razonables pero hubo que regatearlos mucho a los indios que pruebau a sacar del comprador el mejor partido posible y volvimos en el vapor de las once, pues teníamos que almorzar y embarcar para Tanger.

Al desembarcar en Algeciras cumplimos el deber ciudadano de presentar nuestras compras en la Aduana. Las examinaron detenidamente para conocer de qué materia estaban fabricadas, las pesaron y nos aplicaron las correspondientes partidas del Arancel. El adeudo y guía que nos dieron, después de pagar los derechos, nos han librado de tres o cuatro reconocimientos de maletas que en los sucesivos viajes han intentado los carabineros, pues al presentarlos se convencian éramos personas respetuosas con la ley.

En el muelle nos esperaba el coche del Reina Cristina y al poco de apearnos pasamos al comedor donde habia una inglesa con sombrero de paja forma de los de hombre con bambalinas de tul para cubrir el cuello y los lados de la cara y solo abierto por delante; otras llevaban indumentaria no menos extravagante.

Aun cuando nuestro viaje era corto dejamos en Algeciras parte del equipaje, y lo sacamos de la habitación para no pagar hospedaje doble. La precaución es recomendable cuando los hoteles son caros.

Algeciras 30 Mayo 1925



:: VI.--A TANGER ::

A las dos de la tarde nos encontrábamos a bordo del vapor Llovera, título simpático para nosotros, que diariamente va de Tánger a Algeciras y regresa a Tánger, conduciendo el correo, pasaje y carga, esta última nunca mucha porque el barco es pequeño, un antiguo yatch, de grandes condiciones marineras. Lo mandaba desde aquel día (pues la Transmediterránea acostumbra a cambiar con alguna frecuencia el personal de a bordo) don Juan Perez Lozano, experto marino, que resultó ser de Tota-na y con el que durante el viaje pude hablar mucho de nuestra tierra.

Por consejo de dicho capitán nos instalamos en cómodos sillones de mimbre colocados en una segunda cubierta que lleva el barco delante del puente de mando, donde también lo hizo la mayor parte del pasaje de primera: un matrimonio joven, unos cuantos oficiales y algunos paisanos.

Poco después de entrar en el buque y habiéndonos despedido de los amabilísimos consignatarios señores Gil Pineda, se separó aquel del mue-ble de piedra al que estaba atracado, levó anclas y emprendimos la mar-cha.

Al principio, se realizaba el viaje suavemente, deslizándose el «Llove-ra» por la bahía de Algeciras con ligero balanceo, contemplando a la iz-quierda el imponente Peñón y a la derecha la montaña española forman-do ambos la espaciosa boca de comunicación con el Estrecho.

Al pie de nuestra montaña funciona con gran éxito una factoría dedi-cada a la pesca de balienas.

Fuera ya de la hermosa bahía se nos presentaba Ceuta extendiendo sus edificaciones a lo largo de la costa y subiendo a las colinas de su espalda. El Peñón y Ceuta son las dos plazas que guardan la entrada oriental del Estrecho dándose el extraño caso de que la situada en la costa española se

encuentra en poder de Inglaterra y en cambio la establecida en el litoral marroquí sea de España. Desde Ceuta hacia Poniente se elevan todavía mas las montañas africanas y en ellas habita la poderosa cábila de Anghera tan sumisa y compenetrada con nosotros en otro tiempo pero que recientemente nos ha hecho sufrir mucho. Con los gemelos de campaña descubrimos casas, tierras cultivadas y bosques de los moros, el poblado de alcázar Sarer y nuestras posiciones militares colocadas en sitios extratégicos para dominar a los disidentes, como siguiendo la moda francesa llamamos a los que defienden su independencia.

Al final de la interrumpida cadena montañosa se encuentra Tanger frente a Tarifa, y ambas constituyen el extremo occidental de la calle marítima mas importante del mundo pues por ella se pasa para ir a todos los continentes e islas.

El vapor, para aprovechar el fresco viento de Levante que nos iba llegando, izó dos velas, una a proa y otra a popa lo que facilitaba mucho la navegación. Nos plegamos todo lo posible a la costa española llevando rumbo al Atlántico. Bien pronto se divisó el faro de Tarifa, que tanto nos ha hecho reir en Los Sobrinos del Capitán Grant; después vimos el caserío de la población, destacándose sus antiguas murallas que inmortalizó Guzmán el Bueno.

Siempre teníamos a la vista algunos vapores que llevaban nuestra ruta o la contraria o cruzaban de una a otra costa.

Al llegar frente a Tánger cambiamos de rumbo dirigiéndonos a la costa africana. Tánger debía estar por la proa pero sin duda por no favorecer el Sol Poniente o por situar la población marroquí junto a la playa y en montículos de poca elevación, no la veíamos.

El Levante, que al abrigo de la costa española molestaba poco, sopló con mayor fuerza al darnos de costado y los balances del barco eran cada vez mayores. Los viajeros, hasta entonces muy contentos, empezaron a ponerse serios y algunos a sentir los efectos del mareo.

Mi esposa e hija, que nunca habían salido de los puertos, mostraban su entusiasmo al encreparse las olas y bien por la novedad que les resultó grata o por lo fresco del viento, ni a ellas ni a mí nos hizo daño.

A medida que avanzábamos hacia la costa africana aparecía el faro, los minaretes casas y jardines de Tánger como si surgieran del agua hasta que todo lo veíamos claramente.

Como el viento aumentaba y también la marejada, nuestro experto capitán ante el temor de que el barco fuese lanzado sobre la playa mandó dar fondo a mucha distancia del pequeño muelle que sirve de embarcadero,

como habían hecho los dos únicos vapores que en la inhospitalaria rada se encontraban. Eran las cinco y media de la tarde. Parado el barco, sus balances se hacían más violentos y desagradables.

Al vernos fondeados llegó la falúa de Sanidad con su personal, defendido del agua por fuertes impermeables. Al elevarse una de las veces la pequeña embarcación recibieron sus tripulantes a mano los documentos que les dieron desde nuestro barco. Detrás venía una fuerte gasolinera del Consignatorio de la Transmediterránea llevando a remolque una lancha para llevar a tierra el pasaje, correspondencia y carga. Iba tripulada por moros vestidos a la turca con fez, chaquetilla corta y pantalón bombacho, todos enjutos y tostados por el Sol, fuertes y cariñosos.

De nuestro buque descendió la escala y los de Tánger pretendieron atracar a ella, pero les fué totalmente imposible, saltando al primer encontronazo los hierros del pasamanos. El pasaje miraba con temor las dificultades para el trasbordo. Señora hubo y hasta caballero que expuso su propósito de pasar la noche en el vapor esperando para desembarcar a que el mar se tranquilizase. No había que esperar sucediera esto último en varios días pues el tiempo se presentaba con cara de temporal.

El capitán nos dijo que la gasolinera era segura y los moros que la tripulaban, excelentes marineros muy avezados a los desembarcos que en Tánger casi siempre resultaban difíciles. Por fortuna mi mujer y mi hija, no sintieron miedo, despidiéndonos del capitán hasta el día siguiente en que nos proponíamos regresar a Algeciras y ayudados por los oficiales del «Llovera» que nos iban bajando por la escala siendo recogidos por los moros que nos esperaban al borde de la gasolinera, logramos pasar a esta si bien empleando mucho tiempo pues había que aprovechar los segundos que mediaban entre ola y ola y en los que podía establecerse el contacto entre ambos barcos.

Cuando personas y cosas habíamos trasbordado, arrancó la gasolinera, corriendo mucho pero también saltando como si fuese un ligero barco de regatas, hasta descubrir más de media quilla por la parte de proa.

En esta corta travesía se repitieron los mareos con sus desastrosos efectos, sin que nuestras cabezas flojeasen.

Llegamos por fin al modesto muelle de Tanger, donde solo botes pueden atracar, gratificando bien a los marineros moros que al día siguiente teníamos que utilizar de nuevo probablemente en peores circunstancias. Un viejo y venerable intérprete del Hotel Cecil, con barba blanca y cara simpática, llamado Mohamed Gandusi, dispuso la conducción del equipaje. Otro mozo que nos recordaba por su cara al Cirineo de nuestro incompa-

rable paso de la Caída, nos ofreció los billetes que se toman por el uso del muelle, cobrándonos un real por persona, que al regresar y tomarlos nosotros en la taquilla costaban veinte céntimos, pero algo debía valer adelantarse a tomarlos.

El Cecil se encuentra situado poco más allá, en la Playa Grande, junto a un camino sobre muralla con balaustrada que lo separa del mar. Me parecía que estaba en el Malecón de Cabo de Palos. El edificio es grande y cómodo, con buenas habitaciones para descansar, conversación y escritura, adornadas con armas, platos, y otros objetos moranos. La dirección es inglesa pero el servicio tanto de comedor como de calle moro.

Nos dieron habitaciones del piso segundo con vistas al mar y por tanto teniendo a nuestro frente la hermosa tierra española.

Después de asearnos y disponernos a dar un paseo por Tanger nos advirtió el jefe de comedor, un moro de baja estatura, barba negra recortada y ojos vivísimos que la comida era a las siete y media pero que hasta las 8 y cuarto u 8 y media nos esperaba. Se conoce que como hemos visto anunciado en otros hoteles de Andalucía ha llegado también a Tanger la jornada de ocho horas para los camareros, mostrando interés en que la gente no se retrase en acudir al comedor.

En los pasillos vimos un letrero en inglés muy necesario: smoking no se exigía para la comida. Vamos que los ingleses en Africa se van españolizando.

Nuestro simpático Mohamed Gandusi nos trajo un auto por él alquilado a una empresa francesa a treinta pesetas hora. Eso mismo cuesta en Granada doce.

Salimos acompañados de otro interprete más joven, de unos treinta y cinco años, arrogante figura y listísimo que hablaba árabe, español, inglés francés y alemán y con frecuencia viene a España a enseñársela a turistas ingleses o americanos.

Bajo la dirección de éste, por algunas horas moro amigo, recorrimos todo Tánger, pasando por la barriada del Puerto que tiene buenos edificios modernos, entrando por la puerta moruna del mar, pasando junto a las mezquitas y misión Católica de los Franciscanos, Zoco chico que se parece mucho a la Campana de Sevilla pero algo más reducido, con sus cafés españoles, empinada calle principal donde están los mejores comercios europeos, atravesando otra puerta antigua que comunica con el zoco grande situado en una gran explanada algo en pendiente muy parecido a nuestro Arenal en día de mercado a donde moros y moras sentados en el suelo venden panes semejantes a nuestras tortas, paquetitos de hierba

buena para el té, ollas con leche y manteca, velas, trozos de cal para las paredes y otros artículos que usa la población indígena; en calles próximas se sitúan los vendedores de carbón y leña. Junto al zoco vimos algunos sucios cafetines moros con galerías de madera donde bebían té y café y fumaban el kiff en pipas algunos cabileños, según nos dijo el intérprete. ¡Cuántos de aquellos vendrían o irían a guerrear contra nosotros!

En la parte más alta del zoco se alza el Hotel Cabilla de menos importancia que el Cecil, donde en 1922 pasé una noche y el cuerpo de guardia con amplia terraza del Tabor francés encargado de la vigilancia en el campo exterior. A la derecha se levanta un precioso minarete moderno con adornos de azulejos que lo hacen bellísimo.

En toda esta zona que es la central de Tánger discurría muchísima gente así mora como europea, en mayor número la primera todos aprisa y algunos conduciendo borriquillos cargados y gritando para que no les cerrasen el paso sin detenerse por nada ni por nadie.

Fuimos hasta donde arranca la magnífica carretera que se dirige a la zona española y con verdadera pena nos volvimos por no tener tiempo de llegarnos al Puente Internacional donde están nuestros bravos soldados.

También visitamos el bonito Hotel con precioso jardín de nuestro Consulado, no pudiendo ver a este, pero dejando la carta de presentación que para él llevábamos.

Continuando el rápido paseo estuvimos cerca de la espaciosa posesión del ex-Sultán Abdelazzis por el que nuestro intérprete mostraba gran respeto y junto al palacio de su hermano Muley Haffid, que lo tiene confiscado Francia y al que atribuía dicho moro amigo todos los males de África recorriendo las calles de hoteles y parques de europeos, en su mayoría ingleses situados en el monte que es de lo más hermoso de Tánger.

Fuimos a la antigua Alcazaba donde se encuentra la cárcel mora y el sitio donde se administra la justicia coránica, asomándonos a un balcón para contemplar la grandiosa vista de Tánger y del mar. Para llegar hasta allí hubo que pasar por cuevas y puertas estrechísimas donde el auto venía justo. También vimos el cuartel del Tabor número 2 que es el español, encontrando tristes a sus soldados por estar inmediato el día de su desaparición.

Cumpliendo la hora contratada y recorrido cuanto de interés tiene Tánger dejamos el auto junto al Zoco chico y nos internamos por el laberinto de calles estrechas pasadizos, túneles, vueltas y revueltas, ni más ni menos que sucede en barrios de las antiguas poblaciones españolas que todavía tienen aspecto moruno. En Tánger, salvo en contados sitios la po-

blación indígena vive en las mismas calles en que lo hacen los europeos. Igual tienen los moros ricos sus residencias en el interior de la ciudad que en las afueras junto a los parques y hoteles de ingleses, franceses y españoles: y en esas calles estrechas al lado de una casa mora con las mujeres encerradas, habitan familias europeas, en su mayoría españolas que salen a la puerta a tomar el fresco.

Mi esposa tenía deseos de visitar una buena casa mora, y el interprete satisfizo su curiosidad llamando en una puerta, tardando en responder según acostumbran y hablando con la esclava que salió al rato para que permitiera pasar. Consultado con la dueña, pues según nuestro amigo se trataba de una viuda o viudas de un moro rico, que vivían con sus hijos aceptaron la visita y Teresa y Matilde entraron quedándonos el interprete y yo en la calle.

Mi mujer, tan valerosa en el mar sintió miedo al verse en aquella casa sin un compañero y no tuvo tranquilidad para verla con detención, saliendo al poco, pero no si recorrer todo sus pisos hasta las azoteas y ver a varias mujeres y niños. Dos jovenes guapas les salieron al encuentro dando grandes muestras de alegría, como suele ocurrir siempre que ven a europeas, pero la vieja que las acompañaba no las dejó acercarse.

Entramos después en un bazar moro donde había multitud de objetos pero todo carísimo, pues por la misma cartera que yo compré en Tetuán y que mostré al comerciante por llevarla en uso, en precio de tres o cuatro pesetas nos pedía quince. Compramos muy poco y acordándonos de la advertencia del jefe de comedor, marchamos al *Sesil* como nuestro intérprete le llamaba y escribía.

El amplio Diner-room adornado con cuadros de escenas marroquíes estaba casi en su totalidad ocupado por extranjeros, sin vestirse como en nuestro Reina Cristina y los camareros moros nos dieron de comer rápidamente. Era pasmosa la ligereza con que servían y mudaban el servicio, sin olvidarse de nadie. Bien demuestran ser una raza despierta y cuando quieren, saber trabajar y aprovechar el tiempo como ocurre con levantinos y andaluces, apesar de tener fama de holgazanes.

Después de comer volvió el intérprete a recogernos, pasando junto a un gran Kursal instalado cerca de la playa que recientemente había tomado una empresa valenciana y al que veíamos entrar mucha gente, pero que no era propio de señoras. En cambio subimos al piso principal de una modesta casita donde había dos mesas de madera y unos bancos para tomar té y café moro delante de otra habitación con esteras en la que había moros músicos y cantores. Tomamos el típico té con hierba buena. El

intérprete café espeso y además fumó su pipa de kiff que llevaba en dos pedazos liada en un papel y oímos un rato a los moros que tocaban el violín apoyándolo en el suelo y se acompañaban con un laud grande y una pandereta

Los mismos eran también los cantores y llevaban el campas balanceando sus cuerpos. Estaban sentados en el suelo formando corro y hacia cabeza de ellos un viejo con barbita canosa que iniciaba las coplas. Parecía una música de pastores y desde luego más de Iglesia que canto popular.

Nos entró pronto el sueño y como teníamos que levantarnos a las cinco para aprovechar el tiempo dejamos a los virtuosos engolfados en su arte.

Tánger 30 de Junio de 1925.



:: VII. -- DE TANGER ::

¡Qué noche la del 30 al 31 pasamos en Tánger! El viento soplando con mayor intensidad, el mar rugiendo a nuestros pies, los cristales de los balcones traqueteados como si quisieran forzarlos, y oyendo esos quejidos y toques de sirena característicos que produce el vendaval, cuando azota las casas. No podíamos conciliar el sueño y nuestro pensamiento volaba hacia la gasolinera y correo de Algeciras en que habíamos de embarcar.

Bien temprano, serían poco más de las cinco, nos levantamos, recogiendo la ropa de dormir y los útiles de aseo, para hacer nuestro pequeño equipaje, si bien creyendo tendríamos de nuevo que sacarlos para permanecer algún día más en Tanger,

Mientras las señoras terminaban de arreglarse escribí a mis hijos y algunos amigos varias postales con vistas del Hotel Cecil.

Antes de las seis y sin necesidad de guía llegamos a la Misión Católica española de los Franciscanos. Un anciano Padre, de larga barba gris, muy semejante a la de nuestro inolvidable Ricardo Codorniu, ocupaba el confesonario echando el brazo por encima a los hombres ante él postrados. Aun cuando faltaban unos días para la fecha en que mensualmente me acerco al tribunal de la Penitencia, el peligro que podíamos correr en nuestro viaje marítimo, me hizo adelantarla y arrepentido, con fe y verdadera complacencia por el sitio y la ocasión me puse bajo los brazos del respetable sacerdote exponiéndole mis pecados. Poco después salía la misa escuchada además de nosotros por seis u ocho personas y en ella comulgamos.

El cumplimiento de estos deberes religiosos nos dió gran tranquilidad esperando que Dios nos protegería y en último término si disponía de nosotros nos encontraba bien preparados.

Volvimos al hotel, escuchando a la puerta de los cafés del Zoco Chico algunas tertulias de gente alegre que sin duda había pasado la noche divirtiéndose.

Nos desayunamos, y pagué la cuenta. El simpático moro nos sirvió, como la noche antes, muy bien y rápidamente.

La cuenta tenía todas las partidas impresas en inglés y para ser cobradas en libras esterlinas. pero a nosotros nos la pusieron en pesetas y en términos de gran moderación; diez pesetas por persona los *apartements* (habitaciones) siete cincuenta las *dinners* (comidas) y dos los *breakfast* (desayunos); en total por los tres incluido el *motorbns* al *arrival* cincuenta y tres pesetas.

Quedamos muy satisfechos del esmerado trato, amabilidad del personal y economía por lo que no nos extrañó la justa fama del Hotel Cecil.

Al atildado inglés, que entregó la cuenta, hube de exponer mis temores de no embarcar aquella mañana, coincidiendo en un todo con mi opinión, creyendo estaría cerrado el puerto.

No me agradaba mucho la perspectiva de prolongar la estancia en Tanger y empecé a planear nuestro regreso por la zona española, toda vez que en Ceuta por ser un buen puerto, atracan los vapores al muelle y la travesía de Algeciras es la más corta de todas las que se hacen entre Africa y la Península. Para formar juicio pregunté si salían autos de viajeros hacia Tetuán, respondiéndome tenían su salida a las siete y a las doce y ya la carretera estaba abierta, no habiéndose interrumpido durante la semana anterior más que un día. En recorrer la distancia entre Tanger y Tetuán se emplean dos horas y media.

Esta variación en nuestro programa tenía el inconveniente de perder la llegada a Sevilla embarcados, pero en cambio mi mujer e hija verían a Tetuán y Ceuta que estaba seguro les agradasen.

Teníamos tiempo para decidirnos pues apenas si habían dado las siete viendo como de la playa salían los grandes autos cargados de viajeros para Tetuán, Alcazarquivir, Larache y Zona francesa y recorriendo en coche de caballos algunos de los sitios la tarde antes visitados. El zoco grande se hallaba rebosante de moros y moras; éstas en su mayoría destapadas y sin cuidarse de que les vieran el rostro, demostrando todo ello que aun no han entrado los musulmanes en la mala costumbre de trasnochar y que el contacto con los europeos les hace suavizar el trato que dán a la mujer.

Los caballejos de nuestro coche negaban a subir las calles en cues-

ta revolviéndose contra el auriga por lo que resolvimos apearnos y continuar a pié nuestro paseo.

Al proponerme depositar las postales en el buzón español, tropecé con la dificultad de que aún no estaba abierto el despacho de sellos; y sin embargo media hora despues habian de llevar la correspondencia a nuestro barco. Lo mismo que a mí, se conoce ocurría a otros y los moros han salvado el obstáculo, pues uno de ellos me llevó a una tiendecita situada a espaldas del Zoco chico donde con el recargo de cinco céntimos por sello pude adquirir cuantos necesitaba. De venderlos estaba encargado un morito de diez o doce años, de facciones correctas, listísimo, limpio y bien vestido al que acaricié felicitándole por el buen negocio que hacía y al verme tan afectuoso puso cara muy expresiva e intentó quedarse con una peseta de las vueltas que tenía que darme.

En este caso, como en el del Hotel, muelle, café, bazar, coches, en suma en todas partes, nuestra moneda es la que circula y solo pagan en francos a los comerciantes franceses y en la Aduana por ellos manejada para aprovecharse de la diferencia en el cambio.

Los rotulos de muchas calles y la mayoría de los establecimientos están en español. Las paredes de las esquinas aparecian cubiertas de anuncios de Cines y Teatros tambien redactados en la lengua de Cervantes. Del Kursal explotado por empresa española, lei en el *Depeche Marocaine* un exagerado elogio hasta el punto de decir que si a nuestro compatrióta se le pedia la luna procuraría traerla.

Los beneméritos Padres franciscanos, los celosos jefes y oficiales del Tabor español, los buques de la Transmediterranea que llevan y traen la correspondencia, y el lenguaje que se escucha en todas partes es el nuestro, y sin embargo.... no nos dejan gobernarnos por nosotros mismos. Es decir. que siendo Tanger cada vez más español no quieren sea de los españoles.

El nuevo Estatuto que por llegar a un acuerdo Inglaterra y Francia hubimos de aceptar, nos quita bastantes privilegios. Empezará a regir mañana.

Tanger estará gobernada por un *Mandub*, nombrado por el Sultán, que es como decir Francia, y el Tabor español que cuidaba del orden en el interior de la Ciudad será disuelto para formar otro con oficialidad mixta francesa y española. Como esto último es lo que más disgusta a nuestros compatriotas y estamos eu período de buenas relaciones con los franceses parece que el Mandub rogará a los jefes de los dos Tabores continuen prestando los mismos servicios qué hasta el presente.

La lucha de Francia con los disidentes de su zona y los intrépidos riffeños, pude observar preocupa mucho a nuestros compañeros de Protectorado. El lenguaje de la prensa francesa es muy diferente del de 1921 y 1922. Nos trata con gran consideración y estima indispensable marchar de perfecto acuerdo con nosotros. *Le Depeche Marocaine* explica las dificultades con que tropieza su nación por que no solo tiene en frente a los moros, sino que detrás de ellos se encuentran los bolcheviques rusos y todo el comunismo internacional.

Debemos olvidarnos de todo lo pasado y compenetrarnos lealmente con Francia para dominar al enemigo común, haciéndole comprender que por la violencia nada conseguirá; y en cambio reconociendo las ventajas de la civilización europea, llegará día, acaso no lejano, en el que como Egipto, se constituya Marruecos en uno o varios Estados independientes, abiertos al comercio universal donde los cristianos nada tengan que temer ni en el Estrecho se cometan actos de piratería.

De mis conversaciones con moros y europeos, pude observar en los primeros que alienta en ellos la esperanza de volver a su antiguo poderío y que se les alegran los ojos al hablarles de la Alhambra de Granada, el Alcazar de Sevilla y la Mezquita de Córdoba. Mucho se habló en otro tiempo y se sigue hablando del peligro amarillo, pero es posible tenga hoy más importancia el peligro musulmán.

Cuando me ocupaba en estas reflexiones a las que es imposible sustraerse al pisar tierra africana, se aproximó la hora de embarcar, ocho y media, y como los agentes de la Transmediterránea me aseguraron no había peligro alguno en ello y lo mismo los marineros del muelle, desistimos de internarnos en la zona española. Poco antes de tomar la gasolinera estuvo a vernos el benemérito cónsul de España señor Buigas que tan excelentes servicios ha prestado a nuestra nación en las varias ocasiones que ha desempeñado tan difícil cargo, al que tuvimos mucho gusto en conocer y agradecemos en extremo sus atenciones.

Desde la gasolinera nos despedimos del Sr. Buigas por acompañarnos hasta el extremo del muelle, y en unión de muy pocos viajeros, un comandante de Infantería y unos pocos industriales y obreros, emprendimos la accidentada marcha para atracar al Llovera. El Levante nos cogía de frente y las grandes olas al estrellarse en la proa nos bañaban desde la cabeza hasta los pies. Subíamos y bajábamos incesantemente y alguna que otra vez tomábamos un extremo de la ola y también nos balanceábamos. Estos movimientos eran los de mayor peligro pues el agua entraba por los bordes

de la barca. Por fortuna la habilidad del patrón cambiando rápidamente el rumbo nos quitó muchos tropiezos desagradables.

Todos deseabamos llegar al costado del Llovera, pero habia tenido que colocarse muy lejos del muelle. Las señoras preguntaban con frecuencia si faltaba mucho, pero gracias a Dios no se marearon ni perdieron la serenidad. Yo que deseaba llegar tanto como ellas, las entretenia como a los chicos diciendoles a cada momento que lo estabamos tocando. Los moros por su parte nos animaban y decian nada temieramos.

Por fin estuvimos en el costado del Correo de Africa, pero ¿cómo nos trasladabamos a él? La escala fué imposible colocarla porque la hubierdeshecho la gasolinera. En la cubierta del Llovera nos esperaban el capitán y el segundo asómados a la puerta que habian abierto en la borda y como la violencia del oleaje nos subia hasta ese sitio, nos preveniamos uno a uno, sostenidos en la gasolinera por los moros y cuando coincidiamos en altura con aquella puerta nos cogian fuertemente los del vapor y nos pasaban. Fué un verdadero milagro que no cayesemos alguno al agua.

Al pisar el Llovera y saludar a nuestro capitán nos dijo no había podido nadie dormir aquella noche en el barco, temiendo a cada momento se rompieran las amarras. Agregó que no nos esperaba pues el Correo francés llegado aquella mañana se marchó sin recoger el pasaje.

Resultó pesadisima la operación de levar el ancla, estando una media hora marchando hacia el Faro de entrada hasta conseguir recogerla.

El capitán llevó a las señoras y al comandante del Ejército a la camarita de popa. Tambien quiso que yo entrara pero no respondía de mi cabeza si no me daba el aire y preferí quedarme sobre cubierta.

A poco de separarnos de la costa y poner rumbo a Tarifa, el viento era fortísimo y el oleaje formidable. El mar parecia una gran cordillera con elevadas montañas y profundos barrancos. Cuando tropezabamos con alguna altura y esta se estrellaba en la borda cerca de la proa y el agua subia en avalancha hasta lo más alto del buque, corriendo por la cubierta, formando grandes acequias, tenia que subir los pies al banco en que estaba sentado y aun alli me alcanzaba a veces el agua.

No podía continuar en el sitio donde primero me instalé y en el que apesar de la mojadura tomó su almuerzo la tripulación abordo se hace esta comída a las diez de la mañana. Llevandome del brazo un fornido oficial del buque subí al puente ocupando una butaca de mimbre en la parte que tenia el frente sin cristales. Hasta aquella altura llegaban las duchas, cayendo las gotas de agua en la cara como si fueran piedras.

El barco se defendía muy bien reponiendose prontamente de los cabea .

La lucha de Francia con los disidentes de su zona y los intrépidos riffeños, pude observar preocupa mucho a nuestros compañeros de Protectorado. El lenguaje de la prensa francesa es muy diferente del de 1921 y 1922. Nos trata con gran consideración y estima indispensable marchar de perfecto acuerdo con nosotros. *Le Depeche Marocaine* explica las dificultades con que tropieza su nación por que no solo tiene en frente a los moros, sino que detrás de ellos se encuentran los bolcheviques rusos y todo el comunismo internacional.

Debemos olvidarnos de todo lo pasado y compenetrarnos lealmente con Francia para dominar al enemigo común, haciéndole comprender que por la violencia nada conseguirá; y en cambio reconociendo las ventajas de la civilización europea, llegará día, acaso no lejano, en el que como Egipto, se constituya Marruecos en uno o varios Estados independientes, abiertos al comercio universal donde los cristianos nada tengan que temer ni en el Estrecho se cometan actos de piratería.

De mis conversaciones con moros y europeos, pude observar en los primeros que alienta en ellos la esperanza de volver a su antiguo poderío y que se les alegran los ojos al hablarles de la Alhambra de Granada, el Alcazar de Sevilla y la Mezquita de Córdoba. Mucho se habló en otro tiempo y se sigue hablando del peligro amarillo, pero es posible tenga hoy más importancia el peligro musulmán.

Cuando me ocupaba en estas reflexiones a las que es imposible sustraerse al pisar tierra africana, se aproximó la hora de embarcar, ocho y media, y como los agentes de la Transmediterránea me aseguraron no había peligro alguno en ello y lo mismo los marineros del muelle, desistimos de internarnos en la zona española. Poco antes de tomar la gasolinera estuvo a vernos el benemérito cónsul de España señor Buigas que tan excelentes servicios ha prestado a nuestra nación en las varias ocasiones que ha desempeñado tan difícil cargo, al que tuvimos mucho gusto en conocer y agradecimos en extremo sus atenciones.

Desde la gasolinera nos despedimos del Sr. Buigas por acompañarnos hasta el extremo del muelle, y en unión de muy pocos viajeros, un comandante de Infantería y unos pocos industriales y obreros, emprendimos la accidentada marcha para atracar al Llovera. El Levante nos cogía de frente y las grandes olas al estrellarse en la proa nos bañaban desde la cabeza hasta los pies. Suñíamos y bajabamos incesantemente y alguna que otra vez tomabamos un extremo de la ola y también nos balanceabamos. Estos movimientos eran los de mayor peligro pues el agua entraba por los bordes

de la barca. Por fortuna la habilidad del patrón cambiando rápidamente el rumbo nos quitó muchos tropiezos desagradables.

Todos deseabamos llegar al costado del Llovera, pero habia tenido que colocarse muy lejos del muelle. Las señoras preguntaban con frecuencia si faltaba mucho, pero gracias a Dios no se marearon ni perdieron la serenidad. Yo que deseaba llegar tanto como ellas, las entretenia como a los chicos diciendoles a cada momento que lo estabamos tocando. Los moros por su parte nos animaban y decian nada temieramos.

Por fin estuvimos en el costado del Correo de Africa, pero ¿cómo nos trasladabamos a él? La escala fué imposible colocarla porque la hubierdeshecho la gasolinera. En la cubierta del Llovera nos esperaban el capitán y el segundo asómados a la puerta que habían abierto en la borda y como la violencia del oleaje nos subia hasta ese sitio, nos preveniamos uno a uno, sostenidos en la gasolinera por los moros y cuando coincidiamos en altura con aquella puerta nos cogian fuertemente los del vapor y nos pasaban. Fué un verdadero milagro que no cayesemos alguno al agua.

Al pisar el Llovera y saludar a nuestro capitán nos dijo no había podido nadie dormir aquella noche en el barco, temiendo a cada momento se rompieran las amarras. Agregó que no nos esperaba pues el Correo francés llegado aquella mañana se marchó sin recoger el pasaje.

Resultó pesadisima la operación de levar el ancla, estando una media hora marchando hacia el Faro de entrada hasta conseguir recogerla.

El capitán llevó a las señoras y al comandante del Ejército a la camarita de popa. Tambien quiso que yo entrara pero no respondía de mi cabeza si no me daba el aire y preferí quedarme sobre cubierta.

A poco de separarnos de la costa y poner rumbo a Tarifa, el viento era fortísimo y el oleaje formidable. El mar parecia una gran cordillera con elevadas montañas y profundos barrancos. Cuando tropezabamos con alguna altura y esta se estrellaba en la borda cerca de la proa y el agua subia en avalancha hasta lo más alto del buque, corriendo por la cubierta, formando grandes acequias, tenia que subir los pies al banco en que estaba sentado y aun alli me alcanzaba a veces el agua.

No podía continuar en el sitio donde primero me instalé y en el que apesar de la mojadura tomó su almuerzo la tripulación abordo se hace esta comída a las diez de la mañana. Llevandome del brazo un fornido oficial del buque subí al puente ocupando una butaca de mimbre en la parte que tenia el frente sin cristales. Hasta aquella altura llegaban las duchas, cayendo las gotas de agua en la cara como si fueran piedras.

El barco se defendía muy bien reponiendose prontamente de los cabea

ceos, saltando agíl sobre las olas. El viento lo hacia sonar todo y hasta de las leves cuerdas sacaba notas.

Yo iba tranquilo porque de abajo me decían que las señoras descansaban en los divanes y se encontraban bien y como el capitán ni ninguno de la tripulación se mostraba alarmado, no podía pensar corriésemos peligro. Me dolía un poco la cabeza, sentia algún frio, pero nada más.

Estando cerca de Tarifa y viendo el capitán que el vendaval continuaba, decidió suspender el viaje de vuelta a Tánger, ordenando al radiotelegrafista lo comunicase al consignatorio. Hizo bien, porque la segunda noche en la rada africana le hubiera sido imposible pasarla y el pasaje habría sufrido tanto o más que nosotros.

Desde Tarifa por navegar al abrigo de la costa española disminuyeron las molestias y al llegar a Algeciras se notaba viento fresco pero escasa marejada, pudiendo atracar al muelle sin dificultad alguna.

Nos despedimos muy agradecidos del personal del buque, sobre todo de su capitán y segundo y saltamos a tierra dirigiéndonos al Reina Cristina donde almorzamos pues eran cerca de las dos de la tarde. Después, molidos y faltos de sueño nos acostamos, descansando tres horas.

Repuestas nuestras energías paseamos por el hermoso Parque gozosos de salvar los peligros del viaje a Tánger, mandamos por los billetes para marchar al día siguiente en automóvil a Cádiz, comimos y escribimos algunas cartas, acostándonos temprano pues al día siguiente teníamos también que madrugar.

Algeciras 31 Mayo 1925.



:: VIII.--DE ALGECIRAS A CADIZ ::

A las cinco de la mañana nos llamaron y después de vestirnos y tomar el desayuno marchamos al pueblo para salir en el auto que diariamente hace el recorrido entre Algeciras y Cádiz, uno de los más pintorescos de España.

En la Administración de los coches, los carabineros hacían el reconocimiento de los equipajes. Por primera vez desde nuestra visita a Gibraltar nos sirvieron el adeudo y guía entregados por los funcionarios de Aduanas, para evitarnos molestias.

Poco antes de las seis, al propio tiempo que de la estación del Puerto arrancaba un tren hacia Bobadilla y todas las líneas que de allí parten, nuestro vehículo, que era un hermoso Hispano, empezaba a rodar sobre la carretera de Cadiz. Teníamos los tres asientos que constituyen la primera fila de la berlina, gracias a la diligencia en adquirirlos por el servicial intérprete del Hotel con el que conservaba buenas relaciones desde mi viaje a Ceuta. Nos costaron a razón de treinta y cinco pesetas plaza. Otros dos señores, que también llevaban berlina, ocupaban los números de la segunda fila y no les agradó pagar lo mismo que nosotros. En el interior cuesta veintidos pesetas.

Nuestro auto conducía correo, deteniéndose en varios sitios donde hay merenderos o ventorrillos para entregar y tomar cartas de pueblos más o menos próximos a la carretera.

En todos los puntos de parada había carabineros e invariablemente bajaban el chauffeur y cobrador, amenizando las operaciones postales con buenas copas de vinos andaluces. A las señoras preocupaban algo estas libaciones, pero yo las tranquilicé por tratarse de gente acostumbrada a ellas las que no producen alteración alguna en sus facultades.

La carretera marcha paralela al mar por entre lomas poco elevadas, cubiertas de verdura. A la derecha sube el terreno, viéndose algunos bosques de encinas y alcornoques, con casitas que tienen blanqueadas de cal hasta las cercas de piedra suelta de sus corrales. El aspecto de estas viviendas resulta muy grato a la vista y proclama la limpieza y alegría de sus habitantes. Siempre he creído haríamos una buena obra los murcianos enseñando a nuestros campesinos y lugareños a encalar sus casas por dentro y por fuera como se hace en este bello país.

El Estrecho se domina desde el coche y como el temporal de Levante continuaba, el mar aparecía agitado, con color azul obscuro y manchas blancas de espuma. Veíamos alguno que otro barco. El «Llovera», por el que teníamos gran simpatía, había abandonado la bahía de Algeciras para emprender el viaje a Tanger suspendido ayer y lo distinguíamos navegando hacia Tarifa. Nos sentíamos algo egoistas, viéndonos libres del fuerte balanceo del buque, pero recordábamos con gusto a su inteligente capitán y bravos tripulantes con los que abíamos convivido unas cuantas horas y hubiésemos querido estuvieran al alcance de nuestra voz para saludarles por última vez y desearles buen viaje y mucha suerte en todos los que realicen.

El Peñón de Gibraltar y nuestra gran bahía se quedaban a la espalda viendolos por alto como si los hubiesen colocado en planos de relieve. Resultaba muy bello el contraste del subido azul marino del mar que ocupaba todos los fondos o parte llana del paisaje, con las rocas verdes de la costa española sobre que marchábamos y la africana que aparecía en último término.

Por aquellos mismos sitios que recorriamos habían entrado los invasores musulmanes y quien sabe si los primitivos iberos. No era posible sustraerse al recuerdo de lejanas épocas y relacionarlas con la actualidad que a todos preocupa.

Al descender de un puertecillo, descubrimos a Tarifa que habíamos visto desde el mar, pero con las cabezas menos tranquilas. La carretera pasa por una calle situada al extremo del pueblo y junto a un establecimiento de comidas y bebidas se detuvo nuestro coche. No podían faltar los carabineros pero como nadie se quedaba, tampoco hacían reconocimientos.

Siendo la parada algo larga, me bajé a estirar las piernas, viendo por todas partes grandes letreros que decían: *Viva el general Vives, protector de Tarifa*. Pregunté a un cariñoso guardia civil parado junto al coche, qué significaban aquellos rótulos y me dijo con marcado acento andaluz que el ilus-

tre Subsecretario de Fomento tenia predilección por Tarifa desde que fué Gobernador militar de ella y habia concedido créditos para construir en dicha plaza un puerto, se proponia dotarla de ferrocarril y tenía en estudio otras mejoras.

Me agradó mucho fuesen los tarifeños agradecidos, como veo lo están, siendo otras poblaciones españolas protegidas por los generales del Directorio y me acordé de lo que sobre esas protecciones habia leído en algún periódico de mi país.

Subieron en el interior nuevos viajeros, en su mayoría mujeres, partiendo de nuevo y corriendo por llanuras próximas al mar que poco a poco perdimos de vista para no reaparecer hasta cerca de Cadiz. La carretera no tenia grandes baches pero se encontraba muy descarnada y las piedras salientes nos obligaban a saltar. No somos nosotros los únicos que tenemos las carreteras deficientemente conservadas y así estarán mientras no se cambie de sistema.

Por una sendita procedente de la costa vimos llegar a la carretera a una pareja de carabineros armados, montando pacíficos pollinos. Desconocíamos hubiesen dotado al resguardo de tales medios de locomoción.

Tuvimos que parar diferentes veces y en varias ocasiones se acercaron al auto los que parecían capataces de cultivos, encargando al conductor dijera a sus principales enviaran dinero.

A nuestra vista se presentaban extensos prados de larga y espesa zulla, rico pasto privilegio de esta zona que no se ha logrado extender al resto de España, y en las alturas el arbolado característico, alcornoques, encinas, olivos y pinos.

Tras de varias ondulaciones del terreno, distinguimos un pueblo bastante grande, con algunas edificaciones que parecían buenas y todas escalonadas en la falda de una montaña totalmente cubierta de verdura. Nos dijeron era Vejer y su belleza hubo de cautivarnos. El auto iba acercándose pero como suponíamos, no subió hasta el pueblo, quedándose a su pie donde existen dos o tres casas dedicadas a paradores y ventorrillos.

Eran las ocho y media de la mañana cuando en Vejer paramos y sentíamos apetito. Nos dijeron que la detención sería larga y entramos en el establecimiento más próximo pasando a un comedorcito ocupado por tres o cuatro personas que esperaban el auto de Cádiz; en habitaciones más próximas al mostrador, otros viajeros mataban el gusano que en Andalucía tiene gran desarrollo.

Preguntamos qué nos podían servir y una muchacha trístona con voz

displicente como si llorase amores contrariados, nos ofreció bien poco. Por fin logramos convencerla proporcionase chuletas de cerdo colocadas dentro de panecillos y unos vasos de café con leche. Tardaron mucho en su confección y las señoras creían tendríamos que marchar sin tomarlo. Pero había tiempo de sobra para todo.

Mientras venía el segundo desayuno charlamos con los concurrentes, que resultaron ser cordobeses y entusiastas de Sánchez Guerra. Hago gracia de cuanto de carácter político me dijeron pues ello no interesa en estas crónicas. De lo que me agradó mucho enterarme es que habían vendido buenas partidas de cerdos —hablando conmigo solo—según exclaman respetuosos hasta la exageración nuestros huertanos—que en Vejer se producían en gran número, a nuestros paisanos los intrépidos industriales señores Bernai, estando enterados del calvario que les habían hecho sufrir por ser leales y consecuentes con sus amigos. El renombre de estos murcianos en la región por donde íbamos nos llenaba de orgullo.

Llegó el refrigerio, lo comimos y aun quedó tiempo para permanecer un buen rato en la carretera admirando la belleza del paisaje. A un vendedor de alfajor de Medina Sidonia compramos este rico dulce y como dos muchachos de diez o doce años nos miraban con envidia, les hicimos partícipes de la golosina, relamiéndose de gusto. A uno de estos rapaces pregunté en qué cifraba sus aspiraciones contestándome que en acomodarse, consistiendo esta situación en que lo tomaran en una casa para cuidar del ganado.

Por fin nos llamaron al coche para subir y continuar la marcha. Cruzamos a poco el río Barbate y seguimos por entre campos de zulla con algún arbolado, apareciendo después los viñedos que producen el acreditado vino de Conil y Chiclana. El primero de estos pueblos no se veía, lo ocultaban unas colinas, pero nos dijeron nuestros compañeros de viaje que tiene hermosa playa que algunos veraneantes prefieren y vive principalmente de la pesca que abunda y es muy estimada.

Llegamos a Chiclana penetrando con el auto y deteniendonos a la izquierda de su Iglesia Parroquial y frente a la torre del Municipio levantada sobre arco por donde después teníamos que pasar. Esa torre tiene reloj y su veleta estaba adornada por el voluminoso nido de broza de una cigüeña que en pie atendía a sus poyuelos ya próximos a volar. Nos dijeron que por mucho aire que corriera y aquellos días soplaba con fuerza, el nido no corría peligro alguno, tal era la solidez con que estaba construido.

Como también se detenía el coche bastante, dimos un paseo por la po-

blación que es grande, con sus calles empedradas y buenas casas. Admiramos la rica portada de marmol veteada de un Convento de monjas que parece dedicado a Jesús Nazareno.

Al salir de Chiclana se entra en la extensa planicie que ocupan las salinas y se distingue el importante pueblo de San Fernando, con grandes torres de iglesia que al principio confundimos con las de la Catedral de Cádiz.

En San Fernando paramos ante la Fonda y Restaurant de la Mallorquina, situados en la calle principal que es ancha, larguísima y con árboles. Allí descendieron la mayoría de nuestros acompañantes obligándoles los carabineros a que abrieran de nuevo las maletas. También nos detuvimos mucho tiempo.

Al partir recorrimos lo que quedaba, que no era poco, de la hermosa calle, saliendo después a la carretera que va primero entre salinas y después con el Atlántico a la izquierda y la gran bahía a su derecha. Cádiz se presentaba en lontananza rodeada de mar. Nos vamos acercando y la polvorienta vía se convierte en magnífico camino que acaban de pavimentar. En Puerta de Tierra se ven alegres casas. Unos minutos después entramos en Cádiz, dimos varias vueltas y por fin rendimos viaje en la plaza de San Francisco donde está la administración de los coches y quisieron reconocerme las maletas. Eran las once y media de la mañana.

Cádiz 1 de Junio de 1925.



: : IV.--CADIZ Y SAN FERNANDO : :

Desde la administración de los autos marchamos a las oficinas de la Transmediterranea situada en la hermosa calle de Isaac Peral. Nos producía grata impresión el paso por calles rectas, en su mayoría estrechas pero todas con buen piso, limpias y con edificios propios de una gran población, justificando el calificativo que se da a Cadiz de tacita de plata.

Las oficinas que buscábamos, se encuentran en planta baja frente al hermoso puerto, en la parte más ancha de Cádiz, con bonito jardín junto al mar que la embellece mucho.

También luce en aquel sitio el artístico monumento que los gaditanos dedicaron en testimonio de gratitud a don Segismundo Moret, honrándose con tan nobles sentimientos.

Hablando con el delegado de la Transmediterranea, nos enteramos que el vapor *Capitán Segarra* que había de llevarnos a Sevilla, era el de Canarias, y a causa del temporal venía retrasado, no esperándolo hasta última hora de la tarde o primera de la madrugada por lo que hasta hoy no emprendería la marcha.

En vista de estos informes, tomamos habitaciones en el Gran Hotel de Francia y de París, el más acreditado de todos y de corte semejante al Alameda de Granada.

Como deseábamos comer mariscos y pescado fresco, fuimos al restaurant de San Francisco. situado en la calle de este nombre, que es la Platea de Cadiz y tan estrecha como ella, pero por la que pasan carruajes. Quedamos muy satisfechos así del almuerzo como del servicio que nos dieron en este acreditado Restaurant.

Repuestas las fuerzas tomamos un buen coche de caballos, llevando el

cochero, como todos los de plaza, gorra goloneada, y en él vitsiamos durante la tarde lo más importante de la población.

En la iglesia del extinguido convento de Capuchinos del que con las limosnas que recibe, cuida un celoso sacerdote, admiramos preciosos lienzos de Murillo, y otras importantes obras de arte, enseñándonos una imagen de la Dolorosa, que la tienen por de Salzillo. No había buena luz para verla, ni recordaba si está incluida en el catálogo de obras de nuestro gran imaginero pero nos pareció tiene algo de su estilo y que si no salió de sus manos debió el que la hiciera inspirarse en alguna de sus obras. Nos la enseñaron poseídos del mayor entusiasmo prueba de la importancia que conceden en estas tierras a nuestro gran escultor.

La Catedral, que es moderna tiene poco que ver. Elogian la cripta por su buena construcción y los diferentes ecos que produce. Es de gran riqueza la Custodia que sacan en la procesión del Corpus.

Vimos despues el Museo Historico donde se conserva todo lo referente a las celebres Cortes de Cadiz y grandes curiosidades de las Republicas americanas. Allí esta ocupando todo un testero el celebre cuadro de Villagas que representa la proclamación de la Constitución del año 1812 y se exhiben retratos de los hombres de la gloriosa época parlamentaria.

No ha sido en el actual regimen sínó en el anterior cuando organizaron este Museo que a muchos parecerá Panteón debido a inspiración profética, de lo que después ha pasado.

Mucha mayor importancia reviste el Museo de Bellas Artes uno de los mejores de España, mereciendo los mayores elogios su director don Pelayo Quintero Atauri que al enterarse lo estaba visitando nos acompañó, hablando muy complacido del Boletín publicado por el Patronato del nuestro y obsequiándonos con unas preciosas colecciones de postales de lo más saliente que se expone en el suyo, que son la colección de los Zurbaranes y la de retratos teniendo otros muchos notables cuadros de pintores antiguos y modernos. Adolece del mismo defecto que los principales Museos españoles: falta de local apropiado y suficiente.

El Museo arqueológico que parece tiene algo que ver. estaba cerrado a las horas de que disponiamos, sin duda por no contar con personal que cuide de él, achaque que es tambien muy usual en los establecimientos provinciales de esta clase.

Tambien visitamos el Teatro que es muy bonito y pertenece a un asilo para el que se entrega una limosna, paseamos por el bien cuidado Parque Genové, la Alameda donde existe otro Monumento dedicado al Marqués de Comillas al que como Moret debe Cadiz grandes beneficios y última-

mente recorrimos los muelles del hermoso puerto. Este tiene cuanto puede necesitarse para un activo trafico y contando además con una de las mas extensas bahias del mundo, con dos Astilleros particulares y el militar de San Fernádo debia ser el de mayor movimiento de la Peninsula. Sin embargo puede decirse que está muerto y hay dias en que ni un solo buque aparece atracado a su gran muelle comercial. Sin la Trasatlántica y Transmediterranea que tienen establecidas lineas regulares para América Canarias y Marruecos aquellas tranquilas aguas de la espaciosa darsena estarian desiertas.

Muchísimo oimos hablar de las causas de esta triste situación pero no cabe duda que la pérdida de nuestras Colonias y la gran importancia, que cada vez aumenta, del puerto de Sevilla, situado a ciento cincuenta kilómetros de la costa en la región más rica de Andalucía es lo que más ha influido en la actual crisis del de Cádiz. Es de creer que los hombres de altura con que hoy cuenta esta rica provincia hagan por su principal puerto lo que hicieron esas grandes figuras que tienen levantados monumentos y si no lo consiguen es que sus males no tienen remedio.

Cuando por la noche comimos en el Hotel, tuve el gusto de saludar al señor Sala y Vaca, recientemente nombrado Gobernador de esta provincia y que habia conocido en Albacete donde ha realizado una buena campaña administrativa. Se adelantó a posesionarse del cargo sin traerse a la familia por la anunciada visita del Presidente del Directorio que a última hora ha tenido que aplazar.

Los camareros me recordaron a mí amigo de la infancia Ponciano Maestre que reputan como uno de los mejores Gobernadores que ha tenido Cadiz, llenándome de satisfacción el buen nombre que aquí dejó nuestro paisano.

Nos acostamos temprano por madrugar mucho y encontrarnos cansados del viaje.

Esta mañana he hablado por teléfono con el Delegado de la Transmediterránea diciéndome que a las cinco de la mañana llegó el *Capitán Segurra* y saldria a las seis de la tarde para Sevilla, pudiendo disfrutar de un par de horas de luz del dia y ver el Guadalquivir con la luna. Aun cuando esta combinación alteraba algo nuestro plan la preferimos al viaje por ferro-carril que no es tan interesante.

Eran las nueve y media de la mañana y disponiendo de tiempo vacilamos si lo utilizabamos en Jerez o en San Fernádo, eligiendo este último por ser mas corta la distancia y la única cabeza de Departamento marítimo que no conocia.

Tomamos un buen auto facilitado por el conserje del Hotel y aprecio económico pues habiendo recorrido en total 50 kilómetros durante cuatro horas, solo no costó 35 pesetas. Esto a los precios de Tánger habria pasado de cien pesetas.

El día estaba algo fresco, por continuar el Levante y como toda la excursión la hicimos a orilla del mar, resultó agradabilísima. Nos dirigimos a San Fernando y sin detenernos, marchamos al Arsenal creyendo que al llevar carta de presentación para el jefe de Ingenieros no tropezaríamos con dificultades.

Desde San Fernando al Arsenal hay unos cuantos kilómetros, pasando por extensos terrenos e importantes edificaciones de la Marina. El tranvía como los autos se quedan junto al canal que se pasa a pie por un puente de madera, pero después hay otro que es necesario cruzarlo en una barca que constantemente se encuentra de servicio.

Todo el elemento civil que la utiliza deja en un banco del barco algunas monedas de cobre y nosotros hicimos lo propio. Al llegar a la puerta del Arsenal unos atentos jefes de la Armada que se disponían a embarcar en la gasolinera que les esperaba, nos advirtieron que estaba prohibida la entrada sin autorización expresa del capitán general teniendo por tanto que regresar a San Fernando. Fueron tan amables que en su gasolinera nos llevaron al sitio donde dejamos el auto, que volvimos a tomar, pero teniendo la mala suerte de que llegando nosotros a la puerta de su residencia salía el capitán general para hacer la visita de cárceles. Me decidí sin embargo a entrar, pasándome un ordenanza al despacho del jefe de Estado Mayor, una amabilísima persona que se excedió en complacernos, pues me entregó los permisos para que estaba facultado que eran los del Observatorio, Escuela Naval y panteón de marinos ilustres, mandando las llaves de este último que se conservan en Capitanía y enviando a decir por teléfono al capitán general cual era mi deseo respecto al Arsenal, ofreciéndome comunicar lo que le contestase a la dependencia que estuviera visitando. Dí las gracias más expresivas al atentísimo marino y salimos en dirección al Observatorio.

Me alegré mucho hacer esta visita pues se trata de un Centro que honra a España y del que con razón se encuentra orgullosa la Marina.

Nos acompañó al principio un ordenanza y después el astrónomo jefe de primera clase don Leandro Saenz de Urraca y Plaza que nos explicó con todo detalle los preciosos aparatos que tienen instalados haciendo que funcionaran a nuestra presencia algunos de ellos.

También nos entregó un folleto con excelentes fotograbados donde se

explica cuanto tiene y hace el Observatorio. De él tomo tan solo que se fundó en 1754 por el celebre don Jorge Juan y Santacilla de fama universal, conocido en el extranjero por el sabio español, contando con cuatro secciones: la de instrumentos náuticos que atiende a la adquisición, registro historial, pruebas conservación y reparación en sus talleres de todos los instrumentos de uso en la armada; la de efemérides que cuida del cálculo y publicación del Almanaque Náutico; la de Astronomía y Astrofísica que atiende al servicio de Observaciones astronómicas y de horas y al trabajo del Catálogo integro del cielo; y la de geodesia que se dedica a Meteorología, Magnetismo y Sismología. Dispone de buenos aparatos algunos modernísimos siendo su labor tan solo igualada por otras cinco naciones: Italia, Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos. Su biblioteca es magnífica si se tiene en cuenta que la componen más de veinte mil volúmenes exclusivamente de Astronomía, Meteorología y Ciencias afines. Es de desear se continúe prestando por los gobiernos la indispensable protección a este notable observatorio para sostener y ampliar sus utilísimos servicios.

Mientras hacíamos esta visita nos avisaron que el Capitán General daba orden para que nos permitieran visitar en el arsenal al Jefe de Ingenieros.

Como era cerca de las doce, renunciábamos a ver la Escuela Naval, en la que ya no había profesores ni alumnos, por haber terminado el curso y embarcado estos en el «Cataluña», contentándonos con entrar en el Panteón, donde nos esperaba un simpático marinero.

En grandiosos y severos patios en los que se penetra con gran respeto recordando la inmensa gloria que han dado a España los hombres que animaron los restos que allí descansan, se encuentran los mausoleos dedicados a Gravina, Mendez Nuñez, General Lobo, Cervera, Lazaga y tantos otros. Se siente satisfacción y tristeza a un mismo tiempo y del corazón sale una plegaria para los heroes.

Observamos que los más ricos y artísticos mausoleos eran los de marinos de menos renombre, sin duda por que estos tuvieron familia o amigos que trabajaron por conseguir les dedicasen este homenaje.

Desde el Pantano fuimos de nuevo al Arsenal, pasando en el bote de servicio público. Un sargento de guardias Marinas nos confirmó podíamos pasar y apenas franqueamos la puerta, contemplamos a la izquierda el casco del Submarino Peral que nos emocionó, considerando la poca fortuna que tuvo nuestro ilustre comprovinciano y lo mucho que él y sus compañeros de pruebas sufrieron dentro de aquellas planchas. Ahora se-

agita y con razón la idea de rendir a Peral y a su invento, precursor de los grandes progresos de nuestra época, el merecido tributo, llevando el cadáver al Panteón de marinos ilustres y colocando el submarino en un Museo.

Visitamos en su despacho al señor Togores, Jefe de Ingeniero y en compañía de otro Ingeniero Subalterno, ambos amabilísimos paseamos muy a la ligera por algunos talleres y dependencias del Arsenal, sin que deba dar impresión alguna correspondiendo a la gran deferencia conmigo tenida por tan competentes técnicos y el Capitán general.

Regresamos a San Fernando a la una y media y pregunté si todavía estaba en su despacho el general don Pedro Mercader bizarro y humanitario marino que tuve el gusto de conocer en Cartagena cuando su célebre inundación. Me contestaron afirmativamente y que podía pasar a verlo. Me alegré mucho saludarle y le di gracias muy expresivas por las atenciones que él, el Jefe de Estado Mayor y los Ingenieros nos habían guardado y recordamos con gusto la tierra murciana.

Eran las dos de la tarde cuando llegábamos al Hotel de Francia muy contentos de nuestra excursión. Almorzamos, telegrafíé al Hotel Madrid de Sevilla para que nos preparasen habitación y mandaran coche al muelle y después de escribir algunas cartas, pagué la cuenta, cobrándonos a veinte pesetas por persona quedando muy complacido del buen trato recibido.

Tomamos el pasaje para Sevilla y antes de las seis estábamos en el «Capitán Segarra» para emprender el viaje.

Cádiz 2 Junio 1925.



X.--DE CADIZ A SEVILLA

El Capitán Segarra, en que embarcamos, es un hermoso buque de cuatro mil quinientas toneladas. Nos recibió con amabilidad el Mayordomo, instalándonos en dos lindos camarotes de preferencia, los únicos que lleva el barco y sitúan en la segunda cubierta, junto al departamento reservado al Capitán. Son dos cómodas habitaciones con alumbrado eléctrico, camas doradas, colgaduras de damasco, armarios de espejo, lavabos, mesas de noche, escritorios, sillas y butacas. Como la travesía era corta y el principal objeto al realizarla, disfrutar del paisaje, utilizamos muy poco nuestro espléndido alojamiento.

En cuanto dieron las seis de la tarde nos asomamos a la cubierta para presenciar la salida del vapor, conociendo entonces al Capitán, llamado D. Jaime, de regular estatura, delgado, ojos vivos, amable y buena conversación, invitándonos a subir al puente desde donde todo se domina. Allí se encontraban los dos oficiales del barco que cesaban al terminar el viaje y los que habían de sustituirlos, figurando entre estos últimos uno muy simpático, natural de Cartagena, que conocía mucho a nuestros amigos de dicha población y que nos quedamos sin saber como se llamaba. También conocimos en el puente a un armador gaditano, que había navegado bastante y se disponía a pasar en Sevilla los tres días que permanecería el *Capitán Segarra*.

Recogimos al práctico, iniciándose inmediatamente las maniobras para separar al buque del muelle. Parece cosa sencilla, pero no debe serlo dadas las muchas voces de mando y ruido de cadenas y cuerdas que se escuchan.

Ante nosotros pasaron varios vaporcitos cargados de operarios y empleados de la Trasatlántica que regresaban del trabajo. En el puerto dejamos solo dos vapores de carga.

Separado el buque del muelle y recogida el ancla, comenzamos a marchar, en línea paralela a la escollera de defensa, donde se encuentra el único canal que tiene agua suficiente para la navegación. Viendo que llevábamos buen rumbo, el práctico se despidió de nosotros.

Salvada la escollera, notábamos que el aire refrescaba, pero sin causarnos molestias como en el Estrecho e influyendo poquísimo en barco como el *Capitán Sgarra*.

La conversación en el puente era animadísima apesar de la imprescindible molestia de ir todos en pie, pues en tan importante sitio no caben comodidades, explicándonos los marinos las costumbres de a bordo y cuanto se veía.

Las inmediaciones de Cádiz están sembradas de rocas de las que hay que guardarse; unas sobresalen del agua y tienen un pequeño faro para indicarlás y otras se conocen por la situación de una gran boya con luz permanente y campana, alimentándose su farol con un gran depósito de petróleo que forma el cuerpo de la boya y se llena cada dos o tres meses, y sonando la campana cuando hace viento. Pasamos muy cerca de ella y percibíamos perfectamente los toques de aquel aparato que parece tener alma protectora de los navegantes.

El simpático capitán nos dijo que las rocas ocultas han causado muchos percances y los marinos para demostrar el rencor con que las miran les han puesto nombres de tan mal gusto como las *puercas*, los *cochinos* y *cabeza de asno*.

Cádiz se alejaba semejando una isla que no tuviera más que casas y su inmensa bahía rodeada de pueblos presentaba un bello conjunto.

Pronto alcanzamos a Rota con su célebre almadraba pasando por fuera de las redes y barcos dedicados a la pesca del atún. Si nuestro capitán se hubiera plegado más a la costa, como permitía la profundidad del mar y el buen tiempo, habría roto las redes teniendo que pagar una fuerte indemnización. Nos dijo que se pagaban crecidas cantidades por el arrendamiento de esas pesquerías.

Se había puesto el Sol y avanzaba el crepúsculo, cuando el faro de Chipiona nos anunciaba la proximidad del Guadalquivir. El barco del práctico se dirigió al *Capitán Sgarra* para ofrecerle sus servicios en el paso de la barra, pero nuestro D. Jaime no los aceptó y resueltos enfilamos la espaciosa desembocadura del gran río, que se presenta como inmenso golfo. Nos explicaron que el Guadalquivir tiene dos entradas, una antigua, marcada con luces verdes y encarnadas y otra moderna que se ha obtenido por medio del dragado. La última se encuentra a la parte de Cádiz y es nece-

sario saberla tomar. Nuestro D. Jaime, inteligente y conocedor de aquellos sitios, dirigió su barco hacia ella y navegó con gran seguridad sin temer a las rocas que tiene en su fondo y en las que no pocos tropiezan.

Pasada la barra vimos a la derecha las luces de San Lucar de Barra-meda, acercándose las orillas del río, que antes semejaban riberas marítimas; a nuestra izquierda teníamos el célebre coto de Doñana, propiedad del duque de Tarifa, donde todos los años se celebra una gran cacería en honor de nuestro Soberano.

Llegamos a Bonanza, entrada al puerto de Sevilla y entonces nuestro capitán tiró de la cuerda del silbato, sonando éste con voz ronca y desagradable que ponía en conmoción todos nuestros nervios. Don Jaime, siempre atento con las señoras, advirtió antes de producir aquél estrépito teniéndolo que repetir varias veces porque el práctico al que llamaba, no aparecía, Estuvimos muy cerca de dar fondo.

Por fin, se vió salir de Bonanza al bote deseado y poco después subía el práctico al puente, encargándose del mando de nuestro buque, diciéndonos el capitán que desde aquel momento hasta la llegada a Sevilla, nada tenía que hacer y que como entrabamos en trayecto poco interesante por ser en su mayoría de marismas, nos aconsejó aprovecharnos el tiempo en cenar. Eran las nueve y media de la noche, cuando siguiendo el sabio consejo que se nos daba, bajamos al comedor.

Esta pieza es en el *Capitán Segarra*, grande y bien decorada. Pusieron una mesa solo para nosotros y una niña confiada por sus padres al capitán: el pasaje lo había hecho muy temprano. Nos sirvieron unos cuantos platos muy bien condimentados, riquísimas frutas de Canarias, y pastas de Guayaba. Fué todo obsequio del mayordomo, que por mucho que nos empeñamos en pagarlo, no lo pudimos conseguir, siendo una nueva atención de las muchas con que nos abrumaron en estos viajes.

Terminada la cena, nos envolvimos en los abrigo que no habíamos necesitado en Sierra Nevada, y ahora resultaban insuficientes. La humedad del río y la lluvia menuda que caía de vez en cuando, llegaban a los huesos.

Nos colocamos debajo del puente para ir más resguardados. El armador gaditano se acercó a nosotros envuelto en el gaban de un oficial que le venía muy estrecho. Confiado en lo avanzado de la estación iba con traje ligero y sin chaleco.

Apesar de las nubes que ocultaban a la luna, la noche no era demasiado oscura pues los celajes permitían se filtrase la claridad.

El agua no se movía, como si fuese la de silencioso estanque, forman-

do una ancha faja blanquecina sobre la que marchábamos. Manchas verdes colocadas a lo largo constituían los últimos términos del paisaje. Las boyas con luces verdes y encarnadas continuaban a uno y otro lado, marcando la zona con fondo suficiente para navegar. Cuando se pasaba junto a una se veía la siguiente, como si fuesen mojones que sirvieran de lindes. En tierra firme se alzaban postes con farolas llamadas de enfilamiento sirviendo a los pilotos para guiarse en las muchas curvas del río. Producían gratísimo efecto esos farolillos de colores, que protegen con su luz a los navegantes, siendo de absoluta necesidad porque las orillas son muy desiguales, habiendo unas con poco fondo y otras que por la fuerza de la corriente tienen junto a la tierra mucha agua. Esto explica que nos aproximáramos mas o menos a las orillas, según las luces mandaban.

Aun con todas estas previsiones, sin práctico, es aventuradísimo, casi imposible, recorrer el Guadalquivir, sobre todo con barcos de tanto calado como el nuestro, que al hundirse no habría llegado el agua al lugar que ocupábamos. Es muy fácil embarrancar y aun cuando el buque no se pierde, por ser las orillas de tierra fangosa por las que se desliza cuando baja la marea, volviendo al centro del río, se retrasa el viaje y en ocasiones se obstruye la navegación.

Revisten mucha importancia las obras realizadas en esta vía fluvial. Además de los constantes dragados, muelles, gruas e iluminación, se han hecho dos grandes cortas, una por la que se pasa hace tiempo y otra que es la célebre de Tablada abierta por su parte inferior frente a una curva muy cerrada y que ha de salir muy cerca de Sevilla, teniendo un magnífico puente de hierro giratorio para servicio de la extensa y rica zona que ha de quedar aislada. Con esa corta, próximo a terminarse, disminuirá en bastantes kilómetros la navegación, mejorándose extraordinariamente las condiciones del puerto de Sevilla.

Todo lo íbamos viendo y admirando desde nuestro observatorio, y el simpático armador gaditano nos lo explicaba con lujo de detalles. Las riberas cada vez se veían mas cubiertas de árboles y entre ellos se destacaba alguna bella casita de recreo. Nuestra imaginación volaba a la poética escena del Tenorio cuando D. Juan enloquecía de amor a Doña Inés en una de aquellas quintas.

Oíase cantar a los ruiseñores aun cuando no con la intensidad que en noches de clara luna y los toros de las ganaderías de reses bravas que cerca pastan, enviaban algún bramido como protesta por perturbarles el sueño.

Nos cruzamos primero con un vaporcito pesquero y ya en las proximidades de la corta de Tablada con otros dos grandes. Pasaban a nuestro lado majestuosos, iluminados, en silencio, no oyéndose, como en el nuestro, más que las amortiguadas revoluciones de la máquina. Siempre que llegábamos a una curva, nuestro buque lanzaba al aire su ronco silbato, para evitar un desagradable encuentro pues hacíamos poquísimo ruido al navegar y las luces no podían verse con el espeso arbolado de las orillas.

Después de pasar el principio de la nueva corta empezamos a ver las luces de los pueblos situados a nuestra izquierda y por lo tanto en la ribera opuesta a la de Sevilla. Sin embargo cambiaban a cada momento de sitio por las grandes revueltas del río. Puebla, Coria, Gelves y San Juan fuimos pasándolos, todos con muellecitos para los viajeros y el último con grandes cargaderos para los minerales que vienen de las minas de Cala a bastantes kilómetros de Sevilla. Nuestro buque paraba la máquina al acercarse a los pueblos pues al hacerlo moviendo la hélice, romperían sus amarras las embarcaciones, que junto a ellos estaban anclados. El capitán nos dijo que era tan grande la sensibilidad de las aguas del río, que cuando su buque está fondeado en Sevilla, se nota la navegación de los que entran por Bonanza.

Desde antes de llegar a San Juan vimos las grandes luminarias de la gran ciudad de Andalucía, pero se quedaban en ocasiones a nuestra espalda, volviendo a verlas al frente o a la derecha. Llegamos por fin al deseado puerto de Sevilla, deseado por encontrarnos en tan hermosa población, pero sintiendo abandonar el encanto de navegar por el Guadalquivir apesar de la noche y ocultarse la luna.

Pasamos por una larga calle de vapores y veleros que a una y otra orilla estaban amarrados, en mayor número en la de Sevilla. Por encima de los de esa parte salían los árboles del gran paseo de las Delicias y más allá, presidiéndolo todo, la esbelta Giralda, que atrajo nuestras miradas y nos dejó cautivos de su soberana belleza.

Era tal la abundancia de buques en el puerto, que rebasamos el Palacio de San Telmo, acercándonos mucho a la Torre del Oro y viendo muy cerca el Puente de Triana. Uno o dos vapores más que allí hubieran estado, probablemente los que cruzamos mientras subíamos el río, nos habrían impedido atracar al muelle.

¡Que contraste entre esta animación y la soledad de Cadiz!

Nuestro vapor lanzó el ancla que nos maravillaba no se enredase con otras que había próximas y sobre este punto fijo giramos para colocar

la proa hacia el mar. Como se trataba de un buque largo, al cruzarse en el río casi llegaba a tocar las dos orillas. A proa se colocó un oficial que iba diciendo en alta voz la distancia a que pasábamos del último vapor atracado: ¡cinco metros! ¡tres metros! ¡metro y medio! Hasta ese extremo hay que afirmar para colocarse junto a los muelles, pero todo lo hizo a maravilla nuestro inteligente D. Jaime, que había vuelto a tomar el mando del buque. El largo costado izquierdo del *Capitán Segarra* quedó atracado sin detrimento ni tropiezo alguno cuando nuestros relojes marcaban las dos y media de la madrugada.

Nos despedimos agradecidísimos del Capitán al que felicitamos por la precisión con que había realizado todas las operaciones del buque, repetimos nuestro reconocimiento al obsequioso mayordomo, nos ofrecimos a los dos así como a los oficiales y al armador y aun cuando teníamos ganas de dormir abandonamos con sentimiento un barco y una compañía tan grata como los que habíamos disfrutado durante algunas horas. Las dulces impresiones de aquella noche pasada en el Guadalquivir no podremos olvidarlas nunca.

En el muelle estaba esperándonos un hermoso automóvil del Hotel Madrid. También nos salieron al encuentro los imprescindibles carabineros que a la luz de un farol examinaron mis documentos de la Aduana de Algeciras, evitándome abrir las maletas. ¡Cuántas bendiciones merecieron aquellos papeles tan bien arreglados por cumplir mis deberes de ciudadanía!

A los pocos minutos nos instalábamos en el Hotel Madrid en las cómodas habitaciones del piso primero que nos tenían preparadas: dos alcobas con gabinete y cuarto de baño.

Aun cuando era tarde, no cogíamos el sueño porque aun veíamos con la imaginación al *Capitán Segarra*, el Guadalquivir las boyas luminosas y todo el encanto de nuestro viaje. Ya de día empezamos a dormir, descansando unas pocas horas.

Sevilla 3 de Junio de 1925.



::: XI.-SEVILLA MODERNA :::

Permanecíamos todavía en la cama, a las nueve de ayer, cuando llamaron a la puerta de nuestro cuarto para anunciarnos que don Emilio Ramírez estaba esperando.

Acudía puntualmente este buen amigo, a la hora que le había indicado desde Cádiz, para no perder tiempo en buscarlo.

Me vestí lo más pronto que pude y bajé a uno de los preciosos patios sevillanos del gran Hotel de Madrid teniendo la gran satisfacción de abrazar al notable músico y amante de Murcia, que de ella no debió salir e hicieron una mala obra los que contribuyeron a que saliera. También se alegró mucho Ramírez de verme y se apresuró a entregarme un ejemplar de su aplaudida obra *Nazareno Colorao* muy bien editada con preciosos grabados de escenas y tipos de nuestra queridá tierra, que a él y a mi nos hacían saltar de gozo al contemplarlos. En su primera hoja aparece una cariñosa dedicatoria al que estas crónicas escribe, agradeciéndole mucho su delicada atención.

Me enteré que su madre y esposa, de las que tuvo que separarse al principio, se encontraban también en Sevilla desempeñando buenas escuelas, y que los tres habían tenido excelente acogida en esta hidalga población, estando contentos y cada vez más identificados con los gustos y manera de ser de los sevillanos, si bien acordándose siempre de la tierra natal, por lo que se alegraba mucho cuando veía a alguno de sus paisanos. Me habló de los Doctores de Murcia que vió en el Congreso médico, de Andrés Almansa y su señora que estuvieron hace poco y del notable cuarteto Aguilar de laudes compuesto de músicos, nacidos en La Ñora, que en Murcia no se les conoce y que despiertan gran entusiasmo por donde pasan.

Mientras de todo esto y de otras muchas cosas charlábamos, termina-

ron las señoras de arreglarse y se incorporaron a nosotros, tomando el desayuno, no sin embelesarnos todos en la contemplación de escaleras, patios, pasillos, salones y demás departamentos del Hotel, decorado a estilo sevillano, con exquisito gusto, profusión de azulejos, mármoles y muebles típicos. No he visto en España un Hotel que le supere, habiéndolo mejorado extraordinariamente durante los últimos años. El servicio se encuentra a la altura del local sin que se eche nada de menos. La dependencia se encuentra irreprochablemente vestida y se distingue por su afabilidad y deseo de complacer. En suma, es muy agradable la estancia en el Hotel Madrid, pero todo eso hay que pagarlo: cuarenta pesetas diarias nos llevaban a cada uno.

Emilio Ramirez, tan artista, se mostraba apenadísimo, teniéndonos que acompañar en la visita a Sevilla, armado de paraguas, pues con frecuencia caían fuertes chaparrones. Confieso que nos habría gustado mucho más verla con Sol, pero acaso nos arrepintiéramos al sentir la fuerza de sus rayos.

Salimos a la calle y nuestro amigo se propuso que las primeras impresiones las recibiéramos en el típico barrio de Santa Cruz. La elección era acertada. Aprovechando un rato en que no llovía, entramos por aquellas calles estrechas pero limpias y de casas blanquísimas, con rejas y balcones llenos de flores que exhalaban delicioso perfume. Pasamos por el precioso patio de los Venerables con sus lindas arcadas y gran fuente originalísima en el centro; nos detuvimos en la encantadora plaza de doña Elvira, que produce la misma duda de si vino antes al mundo la gallina o el huevo, pues sus bancos de azulejos entre bellas plantas parecen colocados para adorno de los edificios y estos para servir a aquellos de adecuado fondo, resultando un conjunto armónico que demuestra como saben sentir su tierra los sevillanos; saliendo por último a la otra no menos bella plaza en la que se destaca la célebre Cruz de la Cerrajería, esmeradísima labor en hierro que tanto honra a los artífices de este gran pueblo, logrando dominar el duro metal hasta convertirlo en finísimo encaje que produce asombro.

Desde el barrio de Santa Cruz y gracias al generoso desprendimiento de nuestro Rey, tan querido en Sevilla, que cedió un buen trozo del grandioso Parque del Alcazar, se entra en los incomparables jardines de Murillo y Catalina de Ribera, teniendo en ellos levantados artísticos monumentos el gran pintor y la caritativa dama que dan nombre a tan encantadores lugares. Por mucho que se diga sobre la belleza de estos jardines nunca se encontrarán palabras que expresen la impresión que

producen. Rejas, escalinatas, fuentes, bancos, árboles, plantas, flores, adornos todo es del mejor gusto y acredita a sus autores de artistas sobresalientes de los que tienen que recibir lecciones cuantos se propongan embellecer ciudades que cuenten con el factor clima de que dispone Sevilla.

En esta parte de nuestra excursión no tuvimos la misma suerte que en el pintoresco barrio de Santa Cruz; el agua caía en bastante abundancia, pero aun llevando los paraguas abiertos íbamos de un lado para otro y nos deteníamos admirando los detalles de aquellas maravillas, saliendo entusiasmados de los preciosos golpes de vista que tales jardines presentan.

Subimos después al tranvía y nos trasladamos a la soberbia Exposición Ibero-Americana. Está emplazada junto al bellissimo Parque de María Luisa y al exactamente llamado Paseo de las Delicias, que desde hace varios años tienen renombre universal; pero que aun siendo tan notables se han hecho después otros jardines como los acabados de visitar que aun les superan.

El Paseo de las Delicias, al que los sevillanos llaman familiarmente de la Palmera, es el lugar donde lucen sus lujosos carruajes las familias acomodadas. A la caída de la tarde y primeras horas de la noche presenta aspecto sorprendente y sirve para apreciar la gran riqueza de este pueblo. Su situación es inmejorable: al lado del río, viéndose a través de los árboles más bellos, la esbelta arboladura de los buques.

El Parque de María Luisa, titulado así en recuerdo de la generosa infanta que vivía con preferencia en Sevilla, en su grandioso y artístico Palacio de San Telmo, legado para Seminario, que está clamando por que allí se instale quien reciba en Corte, como lo haría el atrayente infante don Carlos, es también bellissimo y en él se destaca el original monumento a Gustavo A. Becquer, el poeta que ha cantado el amor como nadie, cuyo busto se proyecta sobre grueso tronco de añejo árbol y sus frondosas ramas mitigan los rayos del Sol y permiten que a todas horas puedan leerse los candentes o sentidos versos que brotaron del gran cerebro por el marmol representado.

La Exposición produce una impresión difícil de borrar. No se encuentra terminada, pues no ha de inaugurarse hasta el 17 de Abril de 1927, según reza el Decreto que el Dictador puso a la firma de S. M. a los dos meses de subir al Poder, quien sabe si por no creer entonces fuese tan prolongado su mando y satisfacer su deseo como buen andaluz de dejar unido su nombre a empresa de tan buen gusto e importante.

Están concluidas las divinas plazas de América y España y los soberbios edificios y bellísimos jardines en ellas situados. En la primera se encuentran el Pabellón Real y los de Arte Antiguo y Bellas Artes, con su lindo estanque, jardines llenos de encanto y detalles como el de la glorietta del Quijote, delicado y fino. Las líneas y decoración de los edificios son irreprochables y no cabe mejorarlas. Constituyen un gran acierto, como todo lo que contiene esta gran Exposición, que acreditan a su autor el arquitecto don Anibal Gonzalez, ante el que se descubrirán respetuosos cuantos amen y comprendan el arte de la edificación. Además están admirablemente concluidos estos pabellones y demuestran la extraordinaria pujanza de las artes sevillanas, que hacen olvidar la tradicional apatía y dejadez meridionales. Los sevillanos no protestan cuando se les tiene por alegres y ligeros y hasta poco aficionados al trabajo: como eso es típico y ellos no abandonan nada de lo que les caracteriza, callan y hasta se complacen oyendo esos juicios; pero no se puede crear tanta belleza como encierra esta hermosa ciudad, ni sostener tan adelantadas las industrias, ni la prodigiosa actividad de su puerto, sin trabajar mucho y dedicarle gran atención. Hay pueblos que se jactan de laboriosos que no hacen ni saben hacer para su Ciudad la mitad de lo que ellos han puesto en la suya y que admiramos entusiasmados lo mismo nacionales que extranjeros.

En uno de estos preciosos pabellones quedaban todavía cuadros de reciente exposición de pintores locales, llenos de la intensa luz y gracia inimitables de esta hermosa tierra. En otro se exhibía el monumento sepulcral a Joselito, obra cumbre de Mariano Benlliure, de una grandiosidad que subyuga. Uno de los salones lo preparaban para la conferencia que se proponía dar Habib Estefano profesor de la Universidad de Damasco que está visitando las grandes ciudades andaluzas cantando sus bellezas y también las figuras sobresalientes musulmanas que en España florecieron. Acaso esté equivocado pero relacionando estas visitas con lo que vi en Tánger, me aferro más a la idea de que se sueña con una nueva dominación agarena.

En la plaza de España se alza inmenso edificio en semicírculo al que faltan los torreones de sus extremos y algunos otros detalles. En él tienen espacio destinado, cada una de las provincias españolas para exponer sus trajes y muebles típicos, figurando por orden alfabético para no establecer preferencias y distinguiéndose al exterior por artísticos escudos y cuadros alegóricos hechos en azulejos sevillanos. Delante de este soberbio palacio a España dedicado hay un gran estanque con preciosas farolas, y balaustradas de cerámica de Triana que descuellan por sus vivos colores.

El estanque se cruza por varios puentes cubiertos de igual cerámica, de líneas semejantes al bellísimo de los suspiros existente en Venecia.

He leído en el «Noticiero Sevillano», que en estos días se encuentran en Murcia unos comisionados de esta tierra que van recorriendo nuestras provincias para invitarlas a su grandiosa Exposición. Supongo serán atendidos, pues a este gran certamen debemos concurrir con lo mejor que tengamos. Tengan presente mis paisanos, que figurarán con sus producciones España entera, Portugal y la América así española como Sajona. Los Estados Unidos han votado un millón de dollars para los gastos de su pabellón. Nuestros productos, y lo típico murciano debe figurar al lado de lo que presenten esos pueblos para que conozcan lo mucho bueno que tenemos y extender nuestros mercados. Yo he prometido solemnemente a varios sevillanos trabajar en Murcia por esta Exposición y visitarla cuando se inaugure.

Estos hombres no olvidan detalle y han construido un monumental Hotel al que han dado el nombre de Alfonso XIII para aumentar la capacidad de hospedaje cuando se celebre el gran certamen.

Lo que más nos ha gustado de todo lo que ayer vimos son los jardines. No hay otros en España. Sus árboles tropicales, los cientos de millares y acaso millones de rosales variadisimos y de flores preciosas que se ven por todas partes, en los suelos, colgando de los árboles, cubriendo troncos, muros, rejas y columnas, el adorno de azulejos, estatuas, fuentes, pérgolas, escalinatas, hierros, farolas, monumentos grandes y pequeños y todo ello resaltando sobre la tierra amarilla llamada *alvero*—eso he creído entender se llama, pero puedo equivocarme, pues lo he cogido al oído y estos sevillanos cada vez hablan más el andaluz y hacen bien por ser el dialecto mas agradable que en España tenemos—que traen de algunas leguas de distancia y extienden en los paseos, produciendo un efecto sorprendente y justifican que a esta tierra se llame la de Maria Santísima pues si a la Madre de Dios le hubieran dado a elegir un pueblo para nacer, es seguro prefiriera a Sevilla. Yo no reniego de mí Murcia, a la que tengo demostrado profundo cariño, pero si alguna vez me viera forzado a salir de ella, solo me encontraria bien en la gran capital de Andalucía. Por eso comprendo el estado de ánimo de Ramirez.

Esta maravilla de jardines se inició el año 1910, siendo Alcalde de Sevilla el borbollista Conde de Halcón y desde entonces todos los Alcaldes han hecho algo para embellecer y mejorar a Sevilla. Es una Ciudad como Barcelona, Valencia y tantas otras que progresaron con el antiguo régimen, lo cual significa que la Administración pública no es cosa de régi-

menes, sino de hombres y de conducta, estando llenos los libros y periódicos de diversas épocas de quejas contra el régimen anterior repitiéndose las censuras en todo cambio de gobierno.

Para que nuestros Ediles juzguen lo que necesita una población para cuidar de ella, básteles saber que al Ayuntamiento de Sevilla prestan servicio tres arquitectos, dos Ingenieros de Caminos, un Ingeniero forestal y otro industrial, en suma siete técnicos de elevada categoría, además de buen número de ayudantes, sobrestantes y auxiliares de aquellos.

Algo tarde llegamos al Hotel donde almorzamos. Ramirez tenía exámenes de música y no quisimos que los suspendiera. Me proponía llevar a las señoras a visitar la Catedral, el Alcázar y otros grandes edificios antiguos, pero cuando quisimos salir se obscureció mucho el cielo, lloviendo copiosamente y como el agua seguía cayendo, no creimos prudente abandonar el Hotel, dedicándonos a descansar y algunos ratos a escribir esta crónica para que no se borraran las gratísimas impresiones recibidas.

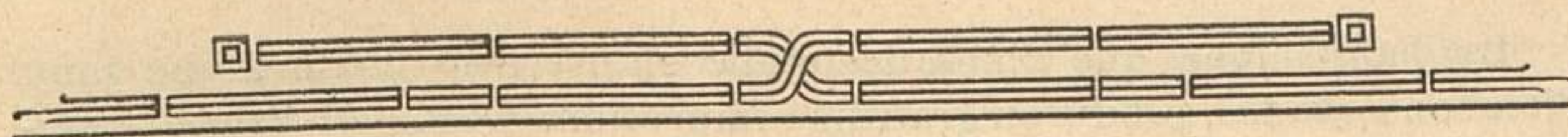
Por la noche continuaba la lluvia. Desistimos de salir a esperar la procesión del Rocío, que tenía señalado su regreso de Almonte, en la provincia de Huelva, viniendo en carretas artísticamente adornadas. Después nos dijeron que apesar de la lluvia habían entrado formando alegre y pintoresca cabalgata.

Como el teatro de San Fernando, el más antiguo, pero también el mejor de Sevilla, se encontraba cerca del Hotel y actuaba una buena compañía de verso a él fuimos viendo los dos primeros actos de la preciosa comedia *La Casa de Saluá*. Para el último nos faltaban las fuerzas por lo poco que habíamos dormido.

El mal tiempo y lo bien que se estaba en el Hotel de Madrid nos decidieron a quedarnos todo el día de hoy que yo debía pasarlo en Mar-molejo.

Un día menos de agua mineral no creo me perjudique y era un poco fuerte abandonar tan pronto una población tan hermosa y atrayente, que la lluvia nos había impedido ver con la rapidez que yo me proponía.

4 Junio 1925.



::: XII-SEVILLA ANTIGUA :::

Cuando ayer, poco después de las nueve, Emilio Ramirez vino al Hotel a buscarnos, terminábamos de tomar el desayuno en el precioso Hall ocupando típicas sillas con asiento de anea y barrotes pintados al estilo, del país junto a mesas que las hacían juego.

Los cristales de la cubierta estaban empañados por el agua y el inmediato patio relucía a fuerza de lavarse. Nuestro amigo se avergonzaba ante tanta humedad. Aquello no parecía Sevilla sino Coruña o Pontevedra.

¡Que le íbamos a hacer! Los agricultores en cambio, que pocos días antes creyeron perder sus cosechas, se mostraban contentos.

Nos decidimos a salir y luchar con los elementos pues ni éramos la escuadra Invencible ni en Sevilla se corría con el agua el peligro de perecer.

En la calle, como en Cadiz y Granada vimos a las mujeres lo mismo del pueblo que de las clases acomodadas, vistiendo la clásica mantilla con grandes peinas. Cuando en las poblaciones andaluzas se ve por la mañana a una señora con sombrero tiene que ser forastera. Es costumbre que debe generalizarse, pues no cabe duda que la mantilla bien colocada realza mucho la belleza de la mujer.

Entramos primero en la planta baja del Alcázar, que en unión de los jardines y baños de la Padilla, es lo único que se enseña. Las señoras estaban muy intrigadas por saber que había en el piso alto para que se ocultara a la vista del público y nos dijeron no contenía nada de particular ni digno de exhibirse, estando distribuido en sencillas habitaciones para uso de la familia real.

Pagamos por hacer esta visita, innovación que proporciona a la Beneficencia sevillana algunos recursos.

Las habitaciones que vimos, decoradas en precioso estilo árabe muy bien conservadas, producen gratísima impresión. Desde el Palacio pasamos a los jardines que son grandiosos, con fuentes y estatuas del mejor gusto y escalinatas, balaustradas y pabellones que lo hacen bellísimo. Se comprende que a nuestros Reyes les guste tanto ir a Sevilla, pues en ninguna de sus residencias pueden encontrarse tan satisfechos como en este alcázar construido para soñar.

Tapándonos con los paraguas, fuimos después a la célebre Casa de Pilatos, propiedad del Duque de Medinaceli que también ha fijado precio por visitarla y con igual destino. Su monumental reja, que tantas veces hemos visto pintada o fotografiada, la preciosa escalera y sobre todo los zócalos de azulejos de reflejos metálicos que no ha sido posible imitar, sorprenden y admiran al que lo contempla.

Desde esta bella mansión nos trasladamos a la Catedral, no sin detenernos antes en la calle, para embelesarnos en una artística fachada y en los graciosos dibujos de la incomparable Giralda, que por sí sola haría célebre a Sevilla y que se ve desde todas partes y a muchos kilómetros de la simpática población.

Entramos en el soberbio templo por el lindo patio de los naranjos, que recuerda la Mezquita que allí hubo antes. Es indispensable detenerse unos momentos para conservar el recuerdo de lugar tan nombrado.

Una vez en el interior de la Catedral se admiran sus elevadas naves y la severidad y pureza del estilo gótico a que pertenecen. Siguiendo el ejemplo de los dueños de otros monumentos, exigen cuota para visitar lo más interesante, que son las alhajas, ropas, Sala capitular, Sacristía y Capilla de San Antonio. Nos enseñaron primero la Sala Capitular de grandes dimensiones y rica decoración, presidida por una Purísima de Murillo, en opinión de algunos, la más hermosa que salió de su taller, siendo lástima se encuentre tan alta y no se pueda ver mejor.

En la espaciosa sacristía vimos cuadros de buenos autores, pero todo resulta pálido ante el soberbio crucifijo de tamaño natural, debido a Martínez Montañés, llamado de los Cálices, que está reputada como una de las más grandes obras, que ha producido la escultura española.

Nos abrieron la capilla de San Antonio, donde está el enorme lienzo de este Santo, pintado por Murillo, que hace años lo recortaron, llevándose lo mejor, pero después fué recuperado y cuidadosamente cosido, porque pinturas de tanta fama en cuanto se exhiben ponen de manifiesto que son robadas.

Desde esta preciosa capilla pasamos a la colección de ropas, admira-

blemente expuestas y con muy buena luz. Allí se ven capas y casullas riquísimas, antiguas y modernas y de alguna clase llegan a tener doscientas iguales. Las señoras hicieron grandes elogios de las telas y bordados y aun cuando entiendo poco de estas cosas reconozco que son de gran mérito.

Por último sirvieron las papeletas sacadas para ver las joyas, que se encuentran en dos habitaciones de gruesos muros y fuertes puertas de hierro, exhibiéndose en buenas vitrinas que disponen de lámparas eléctricas de gran intensidad. Un sacerdote las enseña dando explicaciones desprovistas de exageración que no necesitan las alhajas pues basta verlas para hacerse cargo de su valor. Cuerpos y bustos de tamaño natural de varios santos, entre ellos San Isidoro y San Leandro, todos de plata, pero pintadas las caras y algunos detalles de las ropas, custodias de gran tamaño encajadas de riquísimas piedras, cálices de extraordinario mérito artístico, coronas con piedras y perlas costosísimas llegando una de ellas a tener ángeles que su cuerpo lo constituye una sola perla de gran tamaño, bandejas de plata repujada, en suma muchos kilos de oro, plata y piedras preciosas empleados en riquísimos objetos es lo que allí se admira; aquel tesoro necesita gran vigilancia porque vale varios millones de pesetas.

Sin papeleta de pago, aun cuando con la acostumbrada gratificación al que la enseña, vimos la Capilla Real donde se encuentra la rica arca de plata cincelada que encierra el cuerpo del Rey San Fernando y abajo en la cripta el enterramiento de nuestro conde de Floridablanca, muerto en Sevilla, cuando se encontraba al frente de la Junta de Defensa Nacional creada con motivo de la invasión francesa.

Cuando terminamos de ver la Catedral regresamos al Hotel para hacer uso del comedor.

Por la tarde, Ramirez pudo aplazar los exámenes y en su compañía aprovechamos bien el tiempo.

Fuimos primero al Museo arqueológico y de Bellas Artes teniendo la fortuna de que allí se encontrara su Director don Juan Lafita, que a su gran conocimiento de la Arqueología y Bellas Artes, suma la gran facilidad y gracia de expresión que caracteriza a los buenos sevillanos. Nos enseñó cuanto de notable tiene el Museo, que es mucho, deteniéndose en lo que debíamos admirar y haciendo en cuatro palabras un acabado juicio de cada obra. Los cuadros de Murillo que tiene este Museo constituyen la más valiosa colección del gran artista. También hay Zurbaranes, Riberas y de otras glorias nacionales, teniendo dedicadas salas especiales y cada una de ellas con varias divisiones a Valdes Leal y Pacheco, pintores que

hoy son muy elogiados y algunos colocan a la misma altura y aun sobre Murillo.

La parte arqueológica no es menos notable, si bien se encuentra materialmente amontonada, pues son muchas las figuras de marmol, lápidas y otros valiosos objetos en su mayoría procedentes de Itálica, con que cuenta.

Cuando realicen el proyecto de agregar al Museo el local inmediato que hoy ocupa la Escuela Industrial y lo expongan todo con holgura, resultará uno de los mejores de España, sin que pueda superarle más que el de Madrid.

Nos despedimos del inteligente y simpático Director, saliendo complacidos de esta visita.

Como había tiempo y para satisfacción de todos, pero especialmente de Ramirez, no llovía, tomamos un automóvil, que los hay muy buenos y a precios económicos y nos dedicamos a ver las iglesias que guardan las imágenes más populares de Sevilla.

En la Macarena nos enseñaron la célebre Virgen de la Esperanza que tiene una cara preciosa y llevaba un manto riquísimo, que no es ni con mucho el mejor que tiene.

En San Lorenzo nos postramos ante el Cristo del Gran Poder, de Martínez Montañés y besamos el talón que lleva descubierto. A pesar de ser temprano estaba la capilla llena de fieles que rezaban con extraordinaria religiosidad. Lo sacan en la procesión de Viernes Santo que sale a las dos de la mañana y dicen que todos los años hace el Nazareno un milagro: el de que durante unos minutos callen los sevillanos; pues cuando se presenta la Sagrada Imagen a la puerta de la iglesia, en la plaza que está cuajada de gente, no se oye el vuelo de una mosca. En la procesión van siempre personas importantes de Sevilla con los pies descalzos.

Fuimos después a Triana entrando en la Iglesia del Patrocinio, viendo al célebre *Cachorro*, que es un Cristo clavado en la Cruz de extraordinario mérito escultórico, de autor desconocido que Benlliure atribuye a Ruiz Gijón.

Quedaban algunas otras Iglesias dignas de verse, pero teníamos bastante con lo que habíamos visto para comprender el entusiasmo de los sevillanos por sus imágenes. Nos contaron y no acabaron lo que son las procesiones de Semana Santa. Este año habían salido 32 Cristos con otras tantas Vírgenes y todos ostentando mantos y tronos riquísimos. Hablan en tales términos de esos actos religiosos que no es posible negarse a ofrecerles venir algún año a verlas; pero luego cuando se aproxima la Semana

Santa, nos acordaremos de nuestro Angel, del Cristo de la Caída y la Dolorosa y faltaremos seguramente a todas las palabras.

En esa gran fe y entusiasmo debemos inspirarnos para perfeccionar las nuestras, que si no como las de Sevilla, tambien son dignas de ver.

Aprovechando la mejoría de la tarde paseamos en coche por las Delicias, Tablada y la Exposición, gustándonos esta última lo mismo o mas que el primer dia.

Después recorrimos a pie la gran plaza de San Fernando admirando el soberbio Ayuntamiento, la calle de las Sierpes que se parece mucho a nuestra Traperia, comprando unos bonitos abanicos con alegres paisajes sevillanos, la Campana que esta a su final y la han ensanchado mucho, y por último la calle de Tetuán, donde nos enteramos de algo que queriamos saber respecto a confección de mantos para Vírgenes.

Regresamos al Hotel a la hora de comer y después de alimentarnos fuimos al Teatro del Duque donde actuaba la compañía Vallejo pero haciendo una obra espeluznante «El Molino de la Viuda», del que no pudimos ver el final por que teníamos sueño. Dió la coincidencia de que en las butacas de la espalda estuviera doña Remedios Valiente, madre de Ramirez, que se alegró tanto de vernos, charlando en los entreactos de cosas de nuestra tierra. A la buena señora le gusta mucho Sevilla y le hacen mucha gracia los sevillanos, pero se acuerda extraordinariamente de la Torre y del Malecón y de tantos afectos como tenemos los murcianos.

Salimos del Teatro lloviendo y esta mañana en el rápido de Madrid nos disponemos a marchar a Marmolejo. Ha terminado la parte del viaje destinada a turismo y entramos en la salutifera. Sin embargo aun nos permitiremos alguna correria interesante que sea compatible con la cura de agua.

Dejamos a Ramirez triste por separarse de los paisanos. Nosotros le agradecemos mucho sus atenciones y abandonamos esta gran ciudad, que tanto atrae, comprometiéndonos con nosotros mismos a visitarla de nuevo y con tiempo para disfrutar de sus grandes bellezas.

Sevilla 5 de Junio de 1925.



::: XIII-MARMOLEJO :::

Muy cerca de cinco horas tardamos en recorrer el trayecto de Sevilla a Marmolejo.

El viaje en el rápido resulta cómodo, porque su material es bueno, y la vista se recrea en la contemplación de los alegres campos de las provincias de Sevilla, Córdoba y Jaén, cubiertos de verdura que sube desde los valles hasta las colinas y sierras destacándose los cortijos siempre blancos, como si todos los acabasen de construir.

Aun cuando llegabamos a Marmolejo a buena hora para comer, preferimos hacerlo en el vagón restaurant, que el rápido lleva, porque es un sitio muy animado y tiene gran atractivo sustituir las paredes de un comedor siempre iguales, por bien decoradas que se encuentren, por bellos paisajes constantemente renovados.

Era la una y media de la tarde cuando el tren se detuvo un solo minuto en nuestra estación de destino. Apenas descendimos al andén con nuestros bultos de mano, el largo y lujoso convoy reanudó la marcha en dirección a Sierra Morena.

El cochero del Hotel de Los Leones nos esperaba con una jardinera tirada por tres buenas mulas y en menos de quince minutos recorrimos los tres kilómetros que dista la estación del pueblo, entre campos ondulados de tierra fértil plantados en una mitad de olivos y el resto de cereales.

El Hotel de Los Leones está situado al principio del pueblo llegando por ferro-carril. Nuestro vehículo penetró en el espacioso parque del Hotel bajo árboles de buena sombra y junto a bancales cuajados de flores, deteniéndose ante su gran puerta de cristales.

A recibirnos salieron el simpático Claudio Rostanig, hijo del Hotelero, de buena estatura, cara rasurada, cabello abundante y algo cano y edad que lo mismo puede ser la de treinta que la de cuarenta años; el portero

Bartolo, alegre y servicial embutido en su uniforme de dril; Serafin, listísimo mozo de comedor; el viejo e inteligente jardinero y las graciosas camareras. Siendo todo este personal andaluz y dedicado al servicio de los huéspedes, no necesito decir que nos saludó con gran afabilidad.

Nos instalamos en habitaciones de la planta baja con ventanas al hermoso jardín, pero como el tiempo seguía lluvioso, las cambiamos al siguiente día por otras del piso alto sobre las mismas sustituidas.

Después de instalarnos y leer la abundante correspondencia y periódicos llegados de Murcia, marchamos al despacho del Médico-Director que lo tiene en el Hotel Balneario, situado en el extremo opuesto del pueblo, en dirección a los manantiales pero distando de estos cerca de dos kilómetros, pues como dicen en sus anuncios los dueños de los principales Hoteles que combaten al antes nombrado, en el Balneario no hay Hotel.

Marmolejo es un bello pueblo de la provincia de Jaén en las estribaciones de Sierra Morena corriendo por sus campos el caudaloso Guadalquivir. Se atribuye su fundación, a los Cartaginenses, llamándole *Útica* en memoria y honor de otro que poseían en África; en tiempo de Nerón ya era grande y hasta tenía silla episcopal, mencionándose un camino que se dirigía a la Sierra con puente sobre el río que debieron formar los arcos centrales del que todavía existe indiscutiblemente de construcción romana, e inmediato a él, una fuente mineral cuya agua es *Vitriólica* o *Marcial*, que bebida era muy útil para diversas enfermedades. De modo que la fama de sus aguas es antiquísima.

Las casas de esta villa son en su mayoría de un piso, pero en las calles céntricas hay algunas de dos y hasta de tres. Las de un piso invariablemente son blancas y siguiendo las buenas costumbres andaluzas las encalan frecuentemente por dentro y por fuera. Todas tienen rejas rectangulares colocadas a unos setenta y cinco centímetros de las aceras sobre base de albañilería que en el interior sirve de asiento a las mujeres que allí se colocan para mirar a uno y otro lado de la calle; y están cubiertas dichas rejas por tejadillos enlosados o dados de blanco. Los patios que se ven en el fondo de las casas, por modestos que sean están llenos de plantas y flores.

Tiene seis mil habitantes pero como alberga mucha gente durante las temporadas de aguas, su edificación corresponde a un pueblo de mas importancia.

Baste saber que en Marmolejo existen nueve Hoteles: Balneario, Suizo, Leones, Central, Cuatro Naciones, Castilla, Madrid, Español y del Comercio y nada menos que cincuenta y tres Casas de Huéspedes.

En el Hotel Balneario la pensión diaria oscila entre quince y veinticinco pesetas; en los restantes entre diez y quince. En los Hospedajes lo mas corriente es de dos pesetas por cuarto y cama, haciéndose la comida por cuenta del viajero, lo que resulta bastante económico; si se satisface pensión completa importa seis o siete pesetas. Unos y otros establecimientos permanecen abiertos desde 1.º de Abril a fin de Junio y de 1.º Septiembre a fin de Noviembre, que son las temporadas de tomar aguas. Fuera de ellas solo continúa prestando servicio el Hotel Central.

Tiene iglesia bastante grande situada en la plaza de la Constitución, centro de la villa y buenas calles, varias de ellas y por cierto de las más largas adoquinadas, sin que a las demás que están empedradas o con piso de tierra, falten aceras.

Su calle principal que es una de las adoquinadaa, arranca de la plaza de la Constitución hacia los manantiales y se llama del Duque de la Torre; y de la misma plaza, pudiéndose considerar prolongación de la anterior y por tanto dirigiéndose hacia la linea férrea, parte la que ostenta el nombre de Armando Palacio Valdés, figurando en el azulejo que lo expresa un libro abierto con el título de la Hermana San Sulpicio, preciosa novela del genial literato en que describe a Marmolejo y habla de sus salutíferas aguas. En este pueblo sienten mucha gratitud hacia Palacio Valdés. Ninguna persona cu'ta que vaya a Marmolejo debe desconocer esa novela. En dicha calle está situado el Hotel de Los Leones en que nos hospedamos.

Otras calles principales están dedicadas a Canalejas, Juan Montilla, León y Llerena, Orti Lara (D. Juan Manuel, y García Alix (D. Antonio), escritos estos últimos nombres como yo lo hago, diciendome que Orti Lara era de Mamolejo y nuestro paisano Garcia A'ix prestó a este pueblo un buen servicio administrativo. Es decir que por todas partes me encuentro gente agradecida.

Tiene Escuelas bien instaladas, Telégrafo con servicio completo, Administración de correos, giro postal y telégrafico, puesto de la guardia civil, matadero, mercado y alumbrado eléctrico.

En el actual régimen no se han acometido mejoras, pero el Ayuntamiento refuerza sus ingresos y es de creer las acometa en años sucesivos.

Al mercado llegan bien temprano grandes mulos cargados de hortalizas de huertas situadas en los alrededores. Frutas son la que no se ven y los viajeros las echan mucho de menos.

Se ven algunos comercios bastante buenos a los que dan vida los agüistas.

Las principales producciones de este pueblo son el aceite, la cria de

cerdos y la fabricación del acreditado Anis Marmolejo. Hay varias fábricas o molinos de aceite y algunas chacineries.

Los cerdos que crían los vecinos, salen todas las mañanas al campo conducidos por uno o varios porqueros. Estos van recogiendo los animales al pasar por las calles y al regreso se ve a los cerdos dirigirse corriendo a sus casas, sin equivocarse de puerta y llamando con insistencia cuando las encuentran cerradas.

También crían algunos bueyes, ovejas y cabras. El Municipio tiene de antiguo un buen abrevadero a poco de salir del pueblo en dirección al río.

El vecindario en cambio se abastece con agua comprada a unos carreros que la traen en cubas de hierro desde una fuente situada al otro lado del Guadalquivir. Seguramente figurará entre las reformas que se propongan realizar el actual Ayuntamiento conducir esas aguas u otras por medio de tubería hasta el pueblo.

El Teatro tiene poco que ver, pero en las temporadas de aguas, suelen ir regulares compañías. En la presente tenemos a la célebre Matilde Moreno, que nos hace sufrir mucho, pues nos gusta ir a verla y como nos acostamos tarde al día siguiente cuesta trabajo levantarse temprano para marchar a los manantiales.

El transporte de viajeros a la Estación y a las aguas se hace por medio de coches automóviles y de mulas. También hay un tranvía de sangre de la empresa propietaria de las aguas que va desde la plaza hasta los manantiales. En los autos cuesta cincuenta céntimos cada viaje de ida o vuelta a las aguas; en el tranvía treinta céntimos la ida y cuarenta la vuelta. A los huéspedes de los Leones mientras hemos sido en número suficiente nos han llevado en auto desde y hasta el Hotel sin recargo de precio, servicio muy estimable por ser nuestro Hotel el más alejado del río y haber nos cogido muchos días de lluvia.

No hay agüista que se marche de Marmolejo sin visitar a don Francisco Vallejo que tiene una notable alfarería artística y que obliga a firmar en su voluminoso libro donde figuran preciosos versos de los Hermanos Quinteros, de Rodríguez Marín y otras glorias españolas. Sus jarras de finísimo barro hacen el agua fresquísima y constituyen un bonito regalo. Los domingos se pone un flamante traje y en la solapa de la americana se berbio clavel que todas las muchachas miran con envidia pero él no se enternece y vuelve a su casa sin desprenderse de la hermosa flor. También es obligado comprar finisimas cestas de costura, para servir el pan o colocar horquillas hechas de mimbre por un habil industrial estable

cido en el número 18 de la calle del Duque de la Torre, que ignoro como se llama.

Asi mismo hay que dejarse fotografiar por el popularísimo Frasquito que además de la maquina, maneja el bombardeo en la banda de música y las tijeras y navajas en su peluqueria. Es difícil encontrar hombre con aptitud para mas cosas. Sus fotografias son buenas, rápidas y baratas.

En el Teatro un listísimo niño mudo vende caramelos de Almendralejo ofreciendo dos por una perra pequeña que señala con el dedo poniendolo en círculo. Cuando empieza la representación se sube a la embocadura del escenario y atentamente sigue las escenas pareciendo adivinar cuanto sucede. Nos producía gran compasión este desgraciado, que a juzgar por la alegría que demuestra se considera feliz. Si Dios no le ha permitido gozar del oído y de la palabra no se hace cargo de lo mucho que vale lo que le falta y se ahorra grandes sentimientos.

Los días festivos oímos misa de once y el templo se llena de forasteros, faltando bancos apesar de haber muchos. Aunque he intentado cumplir el precepto religioso antes de tomar las aguas no lo he conseguido porque no hay misas temprano.

Ayer festividad del Corpus hubo solemne procesión y no pudimos oír misa hasta despues de regresar a la Iglesia. Iban bastantes estandartes correspondientes a cofradías sobresaliendo el de los Jueves Eucarísticos que tiene muchas mujeres asociadas y el de la Virgen de la Cabeza Patrona de Sierra Morena.

Ha llovido casi todos los días y a veces con gran aparato de relámpagos y truenos.

Solo salimos del hotel para tomar las aguas y alguna noche ir al teatro. En el Salón de Los Leones lo pasamos muy bien charlando con simpáticas familias andaluzas. Formando parte de ellas hay una cordobesa muy morena, con ojos muy negros, dientes blanquísimos siempre risueña, que canta todo lo andaluz con voz preciosa y toda la gracia y sentimiento que el buen estilo requiere, a la que casi todas las noches animamos a que nos deleite el oído y pasamos la velada admirablemente. Se llama Pilar y la hemos tomado todos gran afecto. Ni uno solo de los compañeros de Hotel es retraído ni antipático por lo que estamos generalmente reunidos y nos enteramos de las costumbres y gustos andaluces que tienen mucho encanto.

Marmolejo 12 de Junio de 1925.



::: XIV.-AGUAS DE MARMOLEJO :::

Distingo entre el pueblo y las aguas hasta el extremo de dedicarles, crónicas separadas, porque se encuentran tan lejos el uno de las otras, que podrían existir con independencia.

Antes dije que en la misma tarde de nuestra llegada a Marmolejo nos dirigimos al despacho del Médico Director, que lo tiene a la salida del pueblo, en el Hotel Balneario. Para ello tomamos en la plaza de la Constitución, el tranvía de mulas, uno de los pocos de esta clase que quedan en España. Subidos en el coche estuvimos esperando a que se llenara. El conductor soplabá cada minuto en su silbato llamando a los viajeros. Por fin salimos y después de recorrer la adoquinada calle del Duque de la Torre y otra mas larga todavía pero con piso de tierra a la que aquella desemboca, paramos a la puerta del Hotel Balneario. Nuestra visita al Médico, don Ramón Llord y Gamboa, hombre culto y afable, fué corta. Como me conocía del año anterior solo tuvo que reproducir lo que entonces me prescribiera: de tres a cuatro vasos de la Fuente agria por la mañana y de cuatro a cinco de Buena Esperanza por la tarde. Pagué sus honorarios, adquirí en la administración la papeleta para tomar las aguas durante un mes, sin que la faciliten por menos tiempo y por lo tanto igual paga el que las utiliza una vez como el que las disfruta aquel largo periodo, y volvimos a la puerta del Hotel a esperar el paso de otro tranvía. Mientras llegaba cayó uno de los chaparrones que empezamos a sufrir en Sevilla y nos han perseguido casi a diario en Marmolejo.

Instalados de nuevo en el tranvía recorrimos lo que quedaba de la línea, doble próximamente de la que habíamos utilizado, estando tendida en terrenos paralelos a la carretera, saliendo después a esta y ocupándola hasta las inmediaciones del gran puente de piedra sobre el río donde la deja, describiendo una pronunciada curva en la que chirrean desagra-

dablemente las ruedas para entrar en el Parque del Balneario en que termina.

Descendimos del coche y por un paseo de gran pendiente, cubierto con las ramas de elevados árboles, llegamos a la ribera izquierda del Guadalquivir, entrando en galería construída aguas arriba y paralela al puente, que se encuentra muy próximo, a la que cubren lonas impermeables sobre armadura de hierro. Esta galería conduce a los manantiales, situados en el mismo lecho del río, casi debajo de los arcos centrales del puente de construcción romana. Antes de llegar a las fuentes hay una división con puertas a uno y otro lado, y en su frente sobre cristal obscuro se lee el análisis químico de las aguas. En esa división se encuentra un empleado de la Empresa propietaria que pide el primer día la prescripción del médico y en todos la tarjeta que autoriza a tomar las aguas, picando estos documentos con un sacabocados. Desde allí no pueden pasar quienes no lleven tarjeta, separándose los matrimonios, los padres de las hijas, el hermano de la hermana y el novio de la novia. El representante de la Sociedad es cruel y se comprende lo sea pues en otro caso con una sola tarjeta podrían tomar el agua varias personas, con grave perjuicio para los intereses de sus dueños.

También está terminantemente prohibido sacar vasos de agua para beberlos fuera del recinto donde están los manantiales o darlos a otras personas.

De modo, que el agua de estas fuentes, es personal, intransferible e intransportable.

Por excepción, el empleado, que cumple sus deberes con gran amabilidad, permite el primer día, que la familia o acompañantes de los agüistas entren a ver los manantiales.

Estos se encuentran próximos entre sí. Al primero que se llega desde la galería, por medio de un ramalito de la misma que se dirige a la izquierda, es al de Buena Esperanza; al fondo y como término de la galería está el de la Agria, situado casi en el centro de una gran rotonda con paredes revestidas de azulejos; y de esa rotonda sale un pasillo que conduce al de San Luis. Es necesario bajar varios escalones para aproximarse a las fuentes, las que brotan en rocas situadas en el fondo del río, que han sido aisladas de la corriente por fuertes murallas. Las cubiertas de los recintos en que se encuentran dichas fuentes son de chapas de cinc colocadas sobre armaduras de hierro.

La fuente más importante es la Agria, que utilizan el noventa y cinco por ciento de los agüistas, desobedeciendo al médico que prescribe el uso

alternos con alguna de las otras dos. Como Buena Esperanza y San Luis, se encuentran aguas abajo de la Agria, es de suponer se alimenten aquellas con filtraciones de la última.

Nace el agua de la Agria en una pocita u oquedad de la roca, metro y medio más baja que el piso de la rotunda destinada al público. Sobre dicha roca se apoya un rectángulo de paredes que termina en marco de madera cubierto con chapas móviles de hierro, una de ellas descubierta, que permite a la muchacha que sirve el agua, colocarse dentro de ese rectángulo descansando sus pies en una regilla de listones, instalada sobre la parte más alta de la roca. El marco de madera llega a la muchacha hasta la mitad del pecho, de modo que desde la rotunda parece como si estuviese metida en un pozo.

Los agüistas se inclinan para dar los vasos a la muchacha que los llena rápidamente, vertiendo en ellos lo que llaman la *cacharra* y consiste en una medida como de medio litro, dorada por los ácidos del agua, sujeta por un doble mango unido al cogedor, siendo todo el utensilio de cinc. Para cada vaso que la muchacha sirve, toma siempre agua nueva de la fuente introduciendo en ella la *cacharra*.

En las otras fuentes el agua se encuentra en balsitas revestidas de azulejos y las sirvientas la toman desde fuera.

Existen en el Balneario otros servicios encomendados a muchachas, que son el de limpieza de los vasos que se manchan mucho con el agua, llevar esta a la Galeria o a los coches donde quedan las personas que no pueden bajar a los manantiales y el embotellado.

Los agüistas llevan sus vasos generalmente de doscientos gramos, en su mayoría redondos y los menos aplastados, que encierran en finas fundas de mimbre y estas pendientes de unos cordoncitos que cuelgan de la muñeca. Parecen limosneros o cestas de primores femeninos.

El agua se suele tomar mediando un cuarto de hora, entre vaso y vaso que se destina a pasear por la Galeria, el Parque o los alrededores, siendo bastantes los que se suben al puente para contemplar el panorama del Balneario.

El Parque está situado a lo largo del río desde la carretera hasta las proximidades de una fábrica de luz eléctrica. Tiene hermosos paseos, con frondosos naranjos, palmeras, granados, eucaliptos, pinos y muchas clases de árboles de sombra y flores. Estas últimas no pueden cogerse según ordenan grandes letreros colocados en sitio visible.

A poco de entrar en el Parque se vé una bonita glorieta con bancos revestidos de azulejos, teniendo a su derecha el kiosco con cubierta de

zinc para esperar el tranvía y resguardarse de la lluvia y a su izquierda el chalet donde pueden tomarse baños y en las temporadas de mayor concurrencia establecen repostería. Desde el principio de los paseos hasta la carretera se encuentra la plaza donde para el tranvía y se colocan los coches particulares. Estos coches son cada año en mayor número pues ahorran las molestias de tenerse que trasladar al Balneario en vehículos de alquiler que muchas veces van llenos y además permiten hacer excursiones; pero el Ayuntamiento de Marmolejo lo ha tomado con ellos exigiéndoles veinticinco pesetas en cuanto residen en el término municipal más de ocho días, lo que equivale a imponérselas a todos.

El efecto de las aguas sobre las vías evacuatorias es inmediato, cuando se toman algunos vasos. La Empresa ha instalado frente a la Galería, en el Parque y a la mitad del trayecto que recorre el tranvía, higiénicos kioscos que los agüistas agradecen mucho.

Otro de los sorprendentes resultados de estas aguas es el que jocosamente llaman algunos *destripe*, siendo positivo que tomándolas en regular cantidad el volúmen del vientre disminuye.

Dichas aguas son acidulas—bicarbonatadas—sódicas—magnésicas—cálcicas—litínicas y muy radioactivas. La Fuente agria tiene gran cantidad de ácido carbónico, sobre todo cuando se toma el agua como yo lo hago casi todas mañanas, antes de las seis, al empezar a servirla.

Los manantiales se limpian diariamente, empezando esta operación antes de las cinco de la mañana. Las muchachas tiran al río toda el agua acumulada durante la noche y friegan esmeradamente las rocas con paños y cepillos. El agua vuelve a brotar y en cuanto hay cantidad para llenar la cacharra, empiezan a servirla. Entonces la beben también las sirvientas, demostrando con ello que es la mejor.

Para disfrutar las primicias de las Fuentes hay que prescindir del tranvía y de los autos de alquiler que no salen del pueblo hasta después de las seis. Me levanto a las cinco y a pie recorro los tres kilómetros de distancia que hay entre Los Leones y el Balneario. Casi todos los días tengo que esperar a que terminen la limpieza de las fuentes. Entre vaso y vaso me doy algún paseo y a las siete o siete y cuarto vuelvo al Hotel. Respondo con mi ejemplo de que así sientan mucho mejor las aguas, se ayuda al destripe y se comen con mayor gusto los ricos picatostes especialidad de Marmolejo.

Por la tarde, como voy con las señoras y familias amigas de Los Leones, tomo asiento en los autos de alquiler. Después de beber el agua, se compran los barquillos que vende una lindísima muchacha instalada a la

entrada del Parque. Le perdonamos que casi siempre nos salgan el uno o el dos, pues a cara tan bonita todo le está permitido.

Algunas veces la concurrencia corre presurosa a tomar el tranvía y los autos porque el cielo se obscurece y envía grandes masas de agua.

En la galería sirven de entretenimiento las aparentes ingenuidades de Saturnino, joven de Marmolejo, con cara redonda y facciones finas, dedicado a vender baratijas, chocolate, caramelos y décimos de lotería. Cuando se propone colocar un artículo se da tal maña que no hay medio de rechazarlo. Todos le proponemos que se case con la barquillera, pero a esta no le gusta y nuestro plan no puede realizarse.

A Saturnino le gustan, como a todo el que las ve, la mayoría de las muchachas que sirven el agua. Son ocho y no durarán en el Balneario más de dos años, pues en ese tiempo ya habrán reunido propinas en cantidad bastante para ir al matrimonio con ajuar y algún dinerillo, siendo excelentes partidos para los mozos del pueblo que se proponen constituir familia. Es raro el agüista que al marcharse no les deja unas pesetas, generalmente un duro, que van colocando sobre las chapas de hierro que cubren la fuente para recoger juntas todas las del día y formar un fondo repartible con entera igualdad.

Los agüistas deben ser generosos con esas muchachas que salen del pueblo hacia los manantiales a las cuatro de la mañana y están ocupadas en el Balneario hasta que se hace de noche, faltando en ocasiones de sus casas diecisiete horas. Resisten y están de buen color porque son jóvenes, vigorosas, el trabajo no es duro y lo realizan durante un corto número de años.

Las curaciones de estas aguas son maravillosas. Un médico malagueño muy acreditado y simpático, D. Rafael Aranda Gomez, me señalaba algunas personas que por su consejo concurrían al Balneario, que cuando llegaron estaban para morirse y ahora están buenas.

Se ven caras amarillas o exageradamente verdosas que a los pocos días de tomar el agua, mejoran sensiblemente de coloración.

Los enfermos que notan mejor los buenos efectos de estas aguas son los del hígado y riñones.

En estos sitios es donde hay que resignarse con lo que padecemos viendo existen muchos que todavía están peor.

Todo esto se explica que a Marmolejo vengán todos los años sobre cinco mil bañistas de pago, sin contar a los pobres y soldados. Entre todos sus acompañantes (yo llevo dos) pueden calcularse se hospedan unas

diez mil personas por periodos de diez a veinte dias y algunos de un mes.

La concurrencia no decae aunque con la molestia del traslado por mañana y tarde desde el pueblo hasta los manantiales. Y aun sería mayor si la Empresa propietaria de las aguas como el Ayuntamiento se dedicasen a perfeccionar los servicios que de ellos dependen.

Marmolejo 16 de Junio de 1935.



::: XV.-CÓRDOBA :::

La visita a esta interesante Capital la dejamos, para cuando mi cuñado Julio se encontrase en ella, y por esta razón no nos detuvimos al pasar por su estación del ferrocarril.

Al saber su llegada combinamos el viaje y ayer fuimos en el tren correo que pasa por Marmolejo a las ocho y media. Dos horas tardamos en recorrer la distancia que media entre ambas poblaciones. En el andén nos esperaba nuestro hermano y en un coche de caballos penetramos en la población, recorriendo en su mayor parte el hermoso Paseo de la Victoria, que el actual alcaide señor Cruz Conde ha embellecido y agrandado ganando muchísimo con las reformas. Llamaban la atención un artístico palomar, bonitas casas para aves acuáticas, el cercado de los ciervos, la biblioteca popular y la profusión de azulejos al pie de los árboles y decorando los bancos.

Pasamos junto al gran puente de piedra sobre el Guadalquivir y un monumento a San Rafael, patrón de Córdoba, dirigiéndonos a la Mezquita, que por sí sola merece el viaje.

Conserva este soberbio edificio en su exterior algunos trozos árabes, pero otros muchos se han sustituido por construcciones posteriores de escaso mérito. Después de atravesar enorme patio se llega a la puerta principal que es grande y artística y una vez franqueada nos encontramos en el bosque de preciosas columnas que sostienen la doble serie de arcos de piedra blanca alternando con macizos de ladrillos rojos y techos de rico artesonado, que constituyen lo que en su día fué Mezquita Aljama. Aún habiéndola visto reproducida en buenos grabados y cuadros produce asombro su contemplación y sirve para formarse idea de la gran importancia que tuvo el Califato Cordobés.

Todo el edificio se encuentra dentro de un rectángulo de 179 por 129

metros constando de 19 naves de N a S y 35 de E a O habiendo tenido más de mil columnas de las que hoy se ven 850 que son las que han quedado sin destruir o empotrarse en los muros de la Catedral.

Se fundó por Abderraman I en el año 785 de Jesucristo inaugurándola su hijo Hixen, ocho años mas tarde, edificándose sobre el solar de una basílica cristiana.

Las columnas son variadísimas así en fustes como en capiteles, pues no se labraron expresamente para la Mezquita sino que se llevaron a ella desde los templos cristianos de las poblaciones conquistadas por los célebres Califas. Muestran como verdaderamente raras, la del prisionero a la que se supone estuvo encadenado un cristiano y con las uñas labró la cruz que tiene en su fuste; la de azufre que al rasarla produce olor sulfuroso y que de tantas catas corre peligro de destruirse; y dos de alabastro con capiteles romanos.

Todas estas naves se encuentran a la vista, salvo las ocupadas por el altar mayor, coro y algunas capillas de la Catedral que deberían trasladarse a otro edificio para que la Mezquita luciera su grandeza primitiva o celebrar las ceremonias del culto en altares aislados que no ocultasen los detalles del precioso monumento.

También aquí cobran cuotas al visitante como donativo para aumentar el esplendor del culto, sirviendo las papeletas que se toman, para enseñar las alhajas, el Mirhab, la capilla mudejar de San Fernando y el Coro,

Las alhajas son de poca importancia a excepción del templete donde se deposita la custodia en la procesión del Corpus que es rico y preciosamente labrado.

El Mirhab y el Coro cada uno en su estilo son obras de extraordinaria belleza.

El Mirhab se construyó en tiempos de Al-Haken II (964-965) por el arquitecto Mot harif-Abderraman, siendo el único ejemplar genuinamente bizantino de España. Su extenso frente de mosaicos de cristal esmaltado, brilla como si fuese enorme joya de ricas piedras. A un lado conserva la celosía labrada en una sola pieza de marmo', con la misma ligereza y gracia que la madera y al otro la que se ha hecho imitándola pues la primitiva se rompió. El interior es todo de marmol preciosamente labrado, con inscripción de relieve que traducida del árabe dice: Brilla el oro, en tus techos como el relámpago que cruza las nubes. Y no es exagerado el elogio porque la riqueza de este templo es asombrosa.

La cubierta del Mirhab representa una gran chapina y es también de mármol de una pieza. El suelo así mismo de mármol está rebajado junto

a las lujosas paredes a fuerza de arrastrar por él sus rodillas los creyentes musulmanes.

El coro es de netabilísima talla debido a Pedro Duque Cornejo, conteniendo tal número de cuadros bíblicos y santos que se necesitan varios días para examinarlo en todos sus detalles. El altar mayor y los pulpitos son lujosos enseñando el célebre buey reventado, que hay al pie de estos últimos. Pero todo lo construido para el culto católico se despega de la Mezquita.

Salimos por la misma gran puerta que habíamos entrado, mostrándonos uno de los sacristanes la preciosa talla de sus hojas y los capiteles del vestíbulo con las cruces machacadas desde los tiempos en que fueron traídos para destinarlos al templo árabe, experimentando la gran emoción que produce recorrer aquellas severas naves que hace más de doce siglos cobijaron a millares de musulmanes orgullosos de su poder que contemplarían entusiasmados y nos hubiera sido muy difícil sino imposible arrebatarnos al no dividirse y destrozarse en luchas interiores.

Con razón suspiran los moros por estos grandes monumentos que en Andalucía dejaron y mirándonos en su ejemplo debemos conservar la unión y fortalecernos para impedir los reeobren.

Tomamos de nuevo el cochecito que nos llevó al Museo de Bellas Artes, admirablemente instalado en el antiguo Real Hospital de Caridad, conservando el típico estilo andaluz que tenía, y habiéndolo adornado con sumo gusto, gracias al interés y talento de su director el notable artista don Enrique Romero de Torres. La impresión que produce esta bella casa es agradabilísima. Desde su lindo patio con plantas, azulejos y paseos de piedras menudas, formando caprichosos dibujos, hasta el último salón de sus dos pisos en los que suelos, paredes y techos están cuidadosamente restaurados y los cuadros cuelgan con orden y estudio, todo gusta y entusiasma.

Pero no solo el cascarón tiene mérito. También su contenido es valioso. Cuadros de Goya, Murillo, Zurbarán, Divino Morales, Rivera, Valdés Leal y una colección muy completa del cordobés Antonio Castillo, gran pintor del siglo XVII, entre otros, bien pueden envanecer a los cordobeses. De artistas modernos también tiene buenas obras, demostrando que su inteligente Director ha encontrado gran apoyo en los Centros oficiales de la Corte, pero sin trabajar por obtenerlo y preparar lugar adecuado, no lo habría conseguido. Hay una sala con la abundante colección de objetos de arte donados por don Angel Avilés, que me he honrado teniendo de compañero en el Senado, y entre esos objetos dos preciosos al-

bums que le dedicaron los Institutos de segunda Enseñanza y al buscar la hoja del de Murcia tropecé con una preciosa Marina de nuestro malogrado Antonio Latorre.

Estos notables Museos provinciales que cada vez toman mayor importancia difunden la cultura y la afición a las Bellas Artes y deben las Corporaciones protegerlos, pues honran mucho a las Capitales que los tienen.

Al salir del Museo, nos llamó la atención ver como se ingeniaban las mujeres para llenar sus vasijas con el agua de los chorros de una fuente monumental que salían a varios metros de altura.

Gruesas cañas con embudos de cinc recogían el caudal de los chorros y lo trasladaban a los cántaros. Pero continuando el señor Cruz Conde con sus reformas de Córdoba, no pasará mucho tiempo sin que todas las casas estén abastecidas de buen agua.

Las calles por donde nos llevó el cochecillo tienen en su mayoría pavimentación antigua de adoquinado o piedras desiguales pero en las que son algo anchas y todas las plazas o espacios que lo permiten, ha colocado el nuevo alcalde naranjos resguardados con armaduras de madera pintadas de azul que llegan hasta las cruces, imponiendo fuertes multas a quienes los tocan. Aplaudo sinceramente la afición por los árboles útiles del señor Cruz Conde.

Se detuvo el coche y penetramos en la célebre Casa de las Rejas de D. Gomez, que pertenece al señor Marqués de Viana. Hace bien el dueño de esta hermosa finca permitiendo a sus servidores que la enseñen teniendo libro donde firman los visitantes, pues merece verse. Lo mas notable para mi gusto son los preciosos patios y jardines admirablemente cuidados por un cordobés de pura raza entusiasta de la finca y de la capital, tan amable que nos mostró las flores y plantas preciosas que contiene y tuvimos que aceptarle buen número de perfumadas rosas. Las tapias cubiertas de naranjos y romeros guiados como enredaderas resultan muy originales. Los suelos finamente empedrados con dibujos son de los mejor concluidos que hemos visto. En una de las habitaciones de ese piso se admira un gran mosaico romano en perfecto estado de conservación que se encontró en la finca de Moratalla.

En el piso principal hay salones con lujosos muebles, lámparas de gran mérito, vitrinas con libros y documentos antiguos, retratos de buenas firmas entre ellos dos muy notables de S. M. el Rey con uniforme de General de Caballería, y escrito en pergamino el célebre discurso pronunciado por nuestro Soberano el 23 de Mayo de 1921 en el Círculo de La

Amistad, al final del banquete que allí se celebró. Entonces le acompañaba el Ministro de Fomento D. Juan de la Cierva y recordamos todos lo mucho que se comentaron las sinceras frases del Monarca que en letras devivos colores ha querido el Marqués de Viana se conserven, por constituir un documento de grandísimo interés para la historia de España.

De la aristocrática y bella mansión nos dirigimos al Circulo de La Amistad, el Gran Casino de Córdoba. Es inmenso, constando de dos pisos, pero sin tener decorado ni utilizarse más que la planta baja. El lecal lo cedió el Estado para fines de cultura y en él se han construido salones de mucho gusto y patios y jardines de grandes dimensiones y singular belleza. Descuella el patio de estilo sevillano con arcos y azulejos que es soberbio, el salón de actos de grandes proporciones preciosamente decorado, con piso de marmol blanco tan bien puesto que no sobresale ni una sola de las piedras y se baila con igual facilidad que sobre madera, un gabinete con pinturas de J. Romero de Torres una de ellas que interpreta el romántico Canto de Amor, de autores murcianos que tanto hubo de deleitar a nuestras madres, un precioso recibidor también primorosamente pintado y una soberbia sala de lectura con zócalo de azulejos.

Tan grandioso Centro de recreo sufre hoy la honda crisis de todos los de su clase y para conservarlo, aun cuando sin poder introducir mejoras, han de pagar los socios quince pesetas de cuota mensual, recordándome la tremenda lucha que en Murcia libramos para que la de nuestro Casino fuese de diez.

En uno de los patios, en sitio fresco y agradable nos pusieron una mesa y almorzamos. Al terminar saludé al ex-Director General de Primera Enseñanza, mi buen amigo don Manuel Enríquez Barrios, que me habló del gran nombre que dejó en Córdoba nuestro comprovinciano don Jacinto Conesa cuando desempeñó el Gobierno Civil. Agrada mucho ver la brillante estela que los murcianos van dejando por donde pasan.

Salimos del suntuoso Casino y a pié recorrimos algunas calles de la parte moderna de Córdoba, enseñándonos la plaza de Tendilla que el reformador alcalde está ensanchando sin detenerse en las resistencias y obstáculos de los propietarios; la calle de Condomar que es hermosa y bien pavimentada con magníficos establecimientos y en la que se encuentran los círculos más animados como el Conservador, Liberal y Guerrita; en éste se veía al célebre exmatador de toros que le dá nombre, conversando con varios amigos; y el paseo del Gran Capitán que es de buenas proporciones y en el que se admira la estatua ecuestre de Gonzalo Fernández de Córdoba. Visitamos el Teatro que es muy bonito con antepechos de fini-

simo trabajo en hierro y siguiendo nuestro paseo salimos al otro lado del ferrocarril para que mi cuñado nos enseñara la fábrica de productos esmaltados que dirige, muy notable y en la que se construyen gran variedad de piezas con la misma perfección que lo mejor que viene del extranjero.

En el patio de la fábrica teníamos preparado otro coche de caballos y en él marchamos a la Sierra para ver las Ermitas, pero volviendo a entrar en Córdoba para tomar la carretera que llaman del Brillante, debido a un acreditado merendero que en ella existe. El paso de la vía se verifica por una pasarela que hace año y medio se inauguró y que les ha costado gran trabajo conseguir. Ocurría en Córdoba lo que a nosotros en el Ovalo que el paso de los trenes y las maniobras de la estación cortaban con frecuencia el tránsito de carruajes y a fuerza de reclamarles les han hecho esa mejora.

A poca distancia de la pasarela, hay que dejar la carretera para tomar el camino de las Ermitas, pedregoso y malo con grandes pendientes y curvas muy cerradas; pero hasta él llegan las reformas de Cruz Conde y estaban poniendo firme a uno de los trozos pasándole el cilindro de vapor si bien llevando estas obras con tanta lentitud que transcurrirá mucho tiempo hasta que la ascensión pueda realizarse con comodidad.

Nuestro cochero animaba a los caballos y aunque deteniéndonos de vez en cuando para que tomaran aliento, no se entregaban. A uno y otro lado del camino se veían olivos, encinas, algarrobos y parras naciendo entre piedras y todo muy frondoso demostrando ser el terreno muy fértil.

A poco de salir de Córdoba pasamos junto a una magnífica finca de Machaquito y ya en las proximidades de las Ermitas las tierras eran del Guerra. Estos grandes toreros habían tenido gusto para fincarse.

Por fin allá en lo alto aparecían las Ermitas. Unos jóvenes que intentaron llegar en automóvil y nos habían adelantado, tuvieron que desistir de su propósito concluyendo la subida a pié. Después de varias cuestas empinadísimas que poníamos en duda pudieran con ellas nuestros caballos, el camino llega a un punto en el que tiene poca pendiente y a media ladera se dirige a la puerta del cercado de las Ermitas, que aparecía cerrada. Sobre ella leímos un letrero prohibiendo el paso después de las cinco. Eran cerca de las seis. Por fortuna, un ermitaño de larga barba rubia abrió y haciéndose cargo de las molestias del viaje nos permitió entrar.

Las Ermitas se presentaron a nuestra vista con toda la poesía que tantas veces ha sido cantada y la belleza con que figura en multitud de cuadros. Un terreno en pendiente que llega hasta la cumbre de la montaña:

olivos, naranjos, cipreses, pinos y otros árboles y muchas flores con suelos muy bien cultivados, descubriéndose desde aquella altura, el panorama de la alegre campiña de Córdoba. Los Ermitaños viven cada uno en su casita que consta de dos habitaciones reducidísimas una que es la celda donde sobre dura tabla duermen y otra la cocinita donde antes guisaban en la actualidad comen reunidos. Tienen Iglesia con coro donde estaba reunida la Comunidad y por esta causa no pudimos pasar del vestibulo donde tienen algunos retratos y vimos el del ermitaño Pedro de Cristo que murió el año 1778 y anteriormente habia sido Hermano Mayor de nuestro Convento de La Luz.

Con este motivo hablamos a nuestro acompañante de una y otra Comunidad encontrándole grandes puntos de semejanza. Pero nos enteramos que los Ermitaños de Córdoba debiendo ser veinte, rara vez se completan escaseando las vocaciones. Verdad es que en los tiempos que corremos para resignarse a vivir tan alejados del mundo y en regla estrecha sin comer un solo día carne, con rezos a altas horas de la noche, se necesita mucha fuerza de voluntad.

Dimos una limosna y nos entregó el Hermano, rosarios, medallas y unos preciosos versos de Grilo. También recibimos una medalla y versos para el Hermano Mayor de La Luz que ofrecimos entregarle.

Aunque resultaba muy grata la estancia, queríamos todavía ver la quinta de Los Arcos, y abandonamos las Ermitas, bajando el peligroso camino confiados en las seguridades que nos dió el cochero. Volvimos a la carretera del Brillante siguiéndola durante algunos kilómetros, teniendo a uno y a otro lado casas de recreo con jardines que presentaban precioso golpe de vista. Dejamos de nuevo la carretera para subir a una ladera coronada, pero a bastante distancia, por los edificios y árboles de las Ermitas que se destacaban sobre el cielo. En esa ladera se encuentran Los Arcos, preciosa finca de recreo que hizo el Marqués de la Vega de Armijo y a su muerte compró el opulento bilbaino D. Agustin Soltura, persona de buen gusto que pasa buenas temporadas en tan delicioso sitio. Está formada por paseos en pendiente y escalinatas a través de una espléndida vegetación, con profusión de flores, bancos y mesas de chapinas, caracolas y mosaicos, fuentes y estatuas teniendo en la parte superior de los jardines la bellísima casa con fachada de piedra y ladrillo y hermosa galería todo en puro estilo árabe con arcos y columnas. Los muebles son también del mismo estilo y lujosísimos. El alumbrado de candiles dorados con bombillas eléctricas. Y en las paredes lucen magníficos cuadros de Ribera Carreño, Pantoja y otras buenas firmas.

También vimos una gruta donde vivió un ermitaño y se encuentra reproducida su figura que al no avisarlo proporciona un buen susto, y un hermoso mosaico romano encontrado en Bobadilla.

Ya casi de noche firmamos en el album y entonces entraban en la finca los jóvenes que intentaron subir en automóvil a las Ermitas.

Emprendido el regreso a Córdoba llegamos a las nueve comiendo en el Hotel Regina recientemente instalado muy cerca de la estación, sirviéndonos en los jardines que dan a la calle. En una mesa próxima tomó asiento el rejoneador Cañero con un amigo.

Después de comer, dimos un paseo por la población viendo muchas rejas ocupadas por jóvenes que pelaban la pava. En Córdoba a juzgar por las muestras, serán escasas las muchachas sin novio.

Y a las once tomamos el exprés que nos dejó antes de la una en Marmolejo, reintegrándonos a Los Leones, cansados por lo mucho que nos habíamos movido, pero satisfechísimos de la expedición.

Marmolejo 20 Junio 1925.



XVI.-ANDUJAR Y SU PATRONA

Está muy generalizada entre los agüistas de Marmolejo, la costumbre de hacer una excursión a Andujar, población cercana y a la que se vá en automóvil en unos quince minutos.

Mi buen amigo Pepe Lopez Moreno, que se encuentra aquí con su madre y hermana, nos invitó a realizar esta visita en su magnífico Hispano y convinimos extenderla hasta el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza que se encuentra en el corazón de Sierra Morena.

Ayer, después de almorzar, sobre las dos de la tarde y en unión de mi cuñado Julio, que había venido de Córdoba para pasar e' día con nos otros, salimos para Andujar.

Tomamos primero un camino estrecho que corre sobre terrenos ligeramente ondulados, cubiertos de cereales que las casi diarias l'uvias dificultan su recolección, pasando después a la carretera general, bastante descuidada en su conservación, como es frecuente ocurra con las de esta provincia.

Para entrar en Andujar viniendo del Sur, como nosotros lo hacíamos es necesario atravesar el Guadalquivir, utilizando un puente de piedra de la época de Teodosio el Grande. La ciudad está situada en extensa y fértil llanura bañada por el caudaloso rio que anuncia su paso con las hermosas alamedas de sus márgenes.

Es población de 18.000 habitanses, cabeza de partido judicial, con buenas calles y plazas, algunas adoquinadas, otras con árboles y todas con aceras. Sus casas resplandecen con la tradicional blancura andaluza, viéndose bastantes que por su aspecto demuestran son de familias de posición desahogada.

Tiene una bonita torre muzárabe que sostiene el reloj de la ciudad y la campana de alarma para los casos de incendio, Casa Ayuntamiento de

grandes proporciones en la que se conservan los restos de San Eufrasio patrón de Andujar y algunos trozos de la muralla arabe y de su antiguo Castillo. La embellecen tres hermosos paseos uno en el centro de la población y los otros en sus extremos desde los que se domina su encantadora, vega y las pintorescas estribaciones de la Sierra.

Cuenta con tres parroquias siendo las mas notables: San Miguel que ya existia a mediados del siglo XIII con puerta cancel y artesonado de buena talla y otra puerta de puro esti'o árabe, colocada en la entrada de la Torre, acaso como resto de alguna mezquita; y Santa Maria, de estilo plateresco en su exterior y obra de arte de algún mérito en el interior, habiendose construido recientemente adosada a esta Iglesia y en comunicación con ella, pero teniendo entrada directa desde la calle, una soberbia Capilla, debida a la extraordinaria piedad del señor Conde de la Quinte ria, actual Alcalde de Andujar.

Merece verse dicha Capilla y a todos nos gustó mucho. Es muy alegre, por que la mayor parte de su fondo, sobre el que se alza el altar, son ventanales, cubiertos de finisimas vidrieras preciosamente pintadas. Su decorado es rico y de buen gusto, siendo notables las efigies y cuadros. La alumbran multitud de lámparas electricas admirablemente combinadas. Tiene cripta donde están preparados los enterramientos del generoso Patrón y su esposa espléndida y lujosa tribuna con una sala muy bien puesta donde se conservan los ornamentos del altar todos de plata, con un caliz de oro y rica custodia que ha costado veinticuatro mil duros. Dijeron habia gastado el señor Conde en esta Capilla mas de un millón de pesetas.

Como nos habian hablado mucho de ella no quisimos salir de Andujar sin visitarla y estando cerrada, llamamos a casa del generoso aristócrata quien con suma amabilidad puso a nuestras órdenes un criado para abrirla enseñandonos cuanto de notable encierra. Quedandonos muy reconocidos al señor Conde, que no llegamos a ver, encargando a su criado se lo dijera felicitandolo al propio tiempo por la gran mejora donada a la ciudad en que vivia.

Las principales riquezas de Andujar consisten en el aceite, granos, curtidos, jabones y alfarería.

Esta última tiene justa fama. Aparte pequeños establecimientos existe uno muy notable del señor Mezquita, situado al entrar en la población donde se fabrican azulejos, jarras, ánforas, platos, botellas y otros muchos objetos de finísimo barro y preciosos colores en donde no se puede salir sin comprar algo. Los azulejos con el Cristo de Limpias y escenas del Quijote llaman mucho la atención.

Una vez visto lo más importante de Andujar tomamos la carretera de Sierra Morena que ha de terminar en Puertollano pero que aun le falta mucho para llegar a este gran Centro carbonifero.

Unos treinta kilómetros recorrimos de dicha carretera sin encontrar más de cien metros completamente llanos o en tramo recto, subiendo a grandes alturas, bajando a profundos barrancos presentándose a cada momento curvas y contracurvas de pequeñísimo radio.

Para no despistarse es necesario que lleven el volante manos hábiles y prudentes. El chauffer de López Moreno demostró tener esas condiciones pues salvó sin el menor percance todas las dificultades.

A la primera gran altura que se llega desde Andujar es la de Los Escoriales estando formada por extensa meseta plantada de frondosas viñas y algunos árboles con numerosas casitas de recreo, teniendo el aspecto de colouia veraniega y se utiliza por los habitantes de la ciudad.

Al dejar Los Escoriales hay que descender a un profundo barranco por donde corre el río Jándula. La carretera describiendo muchos zig-zags llega al fondo y atraviesa el citado río por un puente de hierro. El monte tiene algunos piños, romeros y jarales, pero los primeros debieron ser muchos antes de cortarlos como demostraban los tocones que se veían y las carboneras que estaban ardiendo.

Cuando nos aproximamos al fondo del barranco vimos rocas sueltas de gran tamaño colocadas unas sobre otras pareciendo iban a caerse. Tres de ellas situadas junto a la carretera formando robusta y elevada columna cual si fuese obra del hombre para conmemorar algun suceso, llaman mucho la atención y al regreso encontramos habian sido utilizadas por entusiastas de la Virgen para colocar una lápida en la que con letras de bronce se han grabado versos muy sentidos en alabanza de la Madre de Dios.

A poco de salir de los Escoriales o Viñas pero a mucha distancia y coronando una elevada montaña descubrimos un templo que supusimos y estábamos en lo cierto, era el Santuario a que nos diríjamos. Cuando atravesamos el Jándula nos parecía imposible subir hasta la Iglesia pues habiendo nosotros bajado mucho, aque'la se elevaba a gran altura.

El valle del Jándula ensanchaba hacia la izquierda viéndose un edificio de grandes proporciones y varios pisos con torreones en sus cuatro ángulos. Después supimos era el suntuoso palacio del Marqués de Cayo del Rey que estaban terminando de construir y en el que se hospedarían personas de elevada alcurnia invitadas a las cacerías de reses mayores que por allí abundan.

Todo lo que habíamos bajado antes y mucho más tuvimos que subirlo de nuevo pero al lado opuesto. El Santuario de la Patrona de Andújar se iba quedando a nuestra izquierda y siempre alto. Después lo dejábamos a la espalda y parecía que la carretera no se había construido con el propósito de llegar hasta él. Pero nos engañábamos; después de subir mucho, el terreno se allanaba y permitía cambiar de dirección y por una suave pendiente aproximarse a la cumbre de la Montaña donde está dicha Patrona y que por encontrarse allí se le llama Virgen de la Cabeza. La carretera no sube hasta el Santuario y hay que dejarla tomando un caminito de campo que marcha entre piedras con algunas encinas y matorrales. La caza es tan abundante que a nuestra vista saltaron algunos conejos.

A unos cuantos centenares de metros desde la carretera se llega a un arco de negras piedras que sirve de entrada al recinto del Santuario. En las proximidades de dicho arco y distribuidas por las estribaciones de la montaña hay varias casas que pertenecen a las cofradías de la Virgen de la Cabeza que existen en los pueblos más importantes de la provincia de Jaén y aun algunos de la de Granada. El cabezo es de dura roca con escasa vegetación de monte bajo, y unos cuantos árboles. Desde las proximidades del arco arranca una calzada con pavimento de grandes piedras al estilo de las antiguas vías romanas, que conduce al Santuario, y poco antes de llegar a éste, se le une otra calzada igual que sube por distinto lado de la montaña.

Las dos calzadas unidas desembocan en una explanada sobre lo que se eleva el Santuario construido con grandes sillares negros, careciendo su fachada de adornos o tallas y constando de tres cuerpos uno el principal en el que se encuentra la puerta de entrada y un balcón, ambos huecos con arcos de medio punto; otro encima más estrecho con dos huecos alargados para campanas; y un tercero de la mitad del ancho que el anterior con otro hueco también para campana, que está cubierto por un tejadillo. El primer cuerpo constituye el muro de donde arranca la nave que forma la Iglesia, y los otros dos sirven de torre. A la derecha de esta fachada y formando una misma línea con ella hay otras dos naves destinadas a albergue de los romeros, Rector y demás personas que cuidan del Santuario. A la izquierda hay muros empezados para construir otras naves que hagan juego con los de la derecha y aumenten la capacidad del albergue.

Nos detuvimos algunos minutos en la explanada contemplando la extensa cadena de montañas de Sierra Morena. La que ocupábamos según

allí nos dijeron tiene 700 metros sobre el nivel del mar y es considerada como la mayor altura de aquellos contornos.

Después de descansar un poco penetramos en la Hospedería, sin que nadie nos saliese al encuentro hasta que habiendo recorrido un largo pasillo con muchas puertas de las habitaciones que alquilaban a los visitantes, salimos a una sala con balcón a la montaña. Allí había un humilde hermano de la Orden Tercera de San Francisco, tan seglar como nosotros, pero vistiendo sotana, que nos saludó afablemente y nos llevó al Camarín de la Virgen que es muy bonito, estando colocada la Santa Imagen sobre gran templete, vistiendo traje y manto de rico bordado, con el Niño Jesús en los brazos, ambos con grandes coronas del mismo estilo de la de San Fernando y la Virgen con rostrillo y media luna de plata como lleva Nuestra Señora de la Fuensanta.

La cara de la Virgen es morena, graciosamente inclinada al lado derecho con expresión dulce y atrayente. Está construida en madera de cedro, de talla y tiene próximamente 61 centímetros de altura. Se cree y el hermanito lo daba por seguro, que su autor fué San Lucas. Se apareció en la noche de 12 de Agosto de 1227 al pastor Juan Alonso de Rivas en el mismo sitio donde se ha construido el Santuario y fué llamado para contemplarla por medio de una campana que pendía de colosal encina. El Pastor marchó a Andujar a dar cuenta de lo que había visto y una comisión de vecinos se trasladó a aquellas montañas desde las que fué llevada la Santa Imagen al pueblo, instalándose en la Iglesia de Santa Maria, pero después con limosnas y la prestación personal construyeron el severo templo que hoy tiene y fué terminado en los primeros años del siglo XIV.

Vimos los mantos de la Virgen que son veintitantos, algunos riquísimos, donados por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, su abuela D.^a Isabel II, Infanta D.^a Isabel y otras personas. Nos enseñaron fotografías de la preciosa joya con que fué Coronada canónicamente hace catorce o quince años y que se guarda en Andujar. Compramos algunas medallas y postales que a nuestra instancia nos enseñó el Cura Rector, que demostraba aburrirse mucho en aquella soledad y tenía mal humor, contrastando con la afabilidad del hermanito. Entramos en las celdas que alquilan y en las que se puede habitar por poco dinero en época ordinaria, subiendo de precio en el día de la fiesta y los de la novena. El hermanito nos dió noticias muy interesantes de la romería y satisfechos de la visita descendimos por la calzada, tomando el auto para el regreso.

El último domingo del mes de Abri' tiene lugar la fiesta de la Virgen de la Cabeza, que la consideran muchos como Patrona de Sierra Morena.

Dos días antes se reúnen en la explanada que hay junto al histórico puente de Andujar, todas las Cofradías, saliendo de sus respectivos pueblos con la anticipación necesaria. Entre esas Cofradías figura la de Colomera en la provincia de Granada, de donde era natural el pastor Juan Alonso Rivas, que es con la de Andujar de las más importantes y privilegiadas. Llevando lujosos estandartes y montados en briosos caballos, bien enjaezadas mulas o humildes pollinos cubiertos totalmente de borlas y alamares, entran en Andujar los que constituyen las Cofradías, y son recibidos con músicas, cohetes y nutridas salvas de pólvora. A la mañana siguiente salen para la Sierra con igual solemnidad y muestras de entusiasmo. Y en la montaña donde está el Santuario acampan miles de personas, celebrándose una solemnísimá procesión que recorre las dos calzadas que antes he descrito, llevando a la Virgen en unas andas de reluciente metal blanco colocándose a cada lado de la Imagen y encima de las andas un sacerdote, para impedir que los romeros, dominados por el entusiasmo, destrocen el manto. Aun así no pueden evitar coloquen al pié de la Imagen personas enfermas con la esperanza de que la Virgen las cure, y con esa carga tienen que pesar los que conducen a la Imagen.

Es grandísima la fé que en todos estos pueblos tienen en la Virgen de la Cabeza.

Regresamos sin novedad a Andujar y Marmolejo, interesándonos la expedición por lo pintoresco y accidentado del camino lo mismo que a la ida.

Dentro de dos días termino mi cura de aguas y volveré a Murcia por Alcazar y Albacete, teniéndome que detener en esta última población para informar en la Audiencia.

Hemos pasado un mes en Andalucía que nos ha sabido a poco como tiene que ocurrir a todo el que venga por esta hermosa región de España. No sé si el médico me aconsejará que el año próximo tome las aguas de Marmolejo pero sí respondo que al aconsejarlo he de acatarlo con verdadero gusto como al que aciertan en el mandato lo que es su mayor deseo.

Marmolejo 22 Junio 1925.

ÍNDICE

<u>CAPITULO</u>	<u>PÁGINA</u>
I. Murcia y Granada.	1
II. Sierra Nevada	5
III. Cultura y Cultivos Granadinos.	11
IV. De Granada a Algeciras.	15
V. Gibraltar.	19
VI. A Tánger.	23
VII. De Tánger	31
VIII. De Algeciras a Cádiz.	37
IX. Cádiz y San Fernando.	43
X. De Cádiz a Sevilla.	49
XI. Sevilla Moderna	55
XII. Sevilla Antigua.	61
XIII. Marmolejo	67
XIV. Aguas de Marmolejo	73
XV. Córbova	79
XVI. Andujar y su Patrona.	87

INDEX

1870

1871

1872

1873

1874

1875

1876

1877

1878

1879

1880

1881

1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890



Erratas mas importantes observadas en el texto

Capt. ^o	Pag.	Línea	Dice	Debe decir
I	1	12	compuesto	compuesto
I	1	16	pasando por Tarragona	pasando por Barcelona, Tarragona
I	2	34	cuando con los grandes beneficios	cuando los grandes bene- ficios
I	3	12	he saludado, en la calle	he saludado en la calle,
I	3	39	Agustinas	Angustias
II	5	3	del España	de España
II	6	28	se lo conoce	se la conoce
II	7	13	servían	servirían
II	7	16	de lo-	de los
II	7	31	el que nosotrss	el que nosotros
II	8	10	gual	igual
III	13	34	descubieato	descubierto
III	14	13	a la Alhambia	al Alhambra
IV	15	18	a hacerlo de día	hacerlo de día
IV	16	18	más	mas
IV	18	30	20 Mayo	29 Mayo
V	20	18	polisman	policeman
V	20	36	dende pasemos	donde pasamos
V	21	33	antes de a guerra	antes de la guerra
VI	23	22	balienas	ballenas
VI	24	7	Sacer	Saguer
VI	24	10	de la interrumpida	de la no interrumpida
VI	25	8	Consignatorio	Consignatario
VI	28	16	si	sin
VI	29	5	campas	compás
VII	32	10	motorbns	motorbus
VII	32	38	coche negaban	coche se negaban
VII	34	24	zoun	zona
VII	35	34	tripulación abordo	tripulación; abordo
VII	35	39	los cabea	los cabe-
VII	36	9	consignatorio	consignatario
VIII	38	16	abiamos	habiamos
IX	43	1	IV Cádiz y San Fernando	IX Cadiz y San Fernando

<u>Capt.^o</u>	<u>Pag.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
IX	47	34	Pantano	Panteon
X	54	30	ando	sando
XII	61	3	al estilo,	al estilo
XII	62	5	Reyos	Reyes
XII	62	15	una artística	su artística
XII	67	25	Rostanig	Rostaing
XIII	67	5 y 6	va-les	va-lles
XIII	67	19	tos	los
XIV	75	29	hora, entre vaso y vaso	hora entre vaso y vaso,
XIV	76	21	todas mañanas	todas las mañanas
XIV	77	36	esto se explica	esto esplica
XV	81	3	netabilísima	notabilísima
XV	83	8	lecal	local
XVI	88	28	encierra. Quedándonos	encierra, quedando

1806